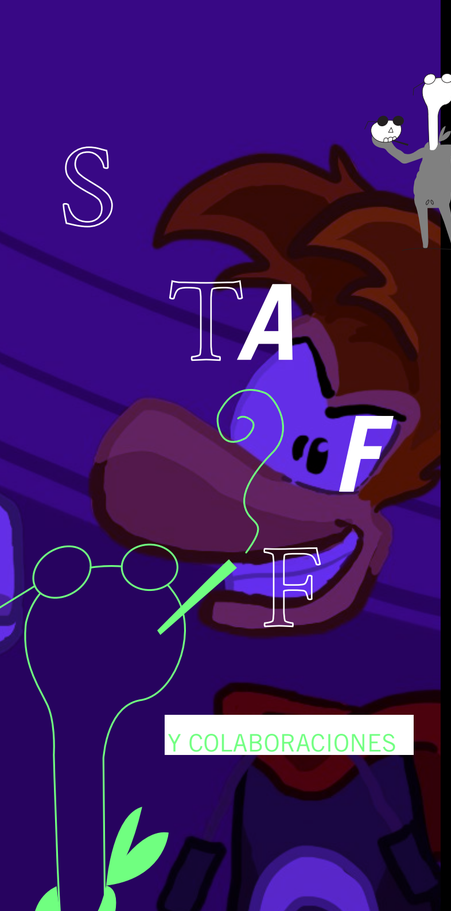
DIGAN SUS ELOGIOS

REVISTA CULTURAL Y CAPRICHOS

AGOSTO 2021

NÚMERO 06



DSE
Directora editorial y edición: ***Daniela Pasik***
Jefa de redacción: ***María Miranda***
Jefa de arte: ***Gladys Bialek***
Consejo editorial: ***Mariana Armelin***, ***Martín Gagliano***, ***María Miranda***, ***Flora Otaño Ezcurra***, ***Daniela Pasik*** y ***Darío Sosa***

Programación web: ***Sergio Sobke***
Logo y gráfica: ***Fidel Otaño Ezcurra***
Corrección: ***Pamela Altieri***

Comercial: ***digansuselogios.comercial@gmail.com***

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:
Redacción: ***Mariana Armelin, Mariana Enriquez, Martín Gagliano, E. Logian, María Miranda, Flora Otaño Ezcurra, Daniela Pasik, Cecilia Sluga*** y ***Darío Sosa***

Ilustraciones: ***Fidel Otaño Ezcurra***

AGRADECIMIENTOS:
A las vacunas, que están llegando y nos dejan creer en un futuro cercano más analógico y con contacto, y a todas las personas que cuidan al resto en esta pandemia. A ***Humphrey Inzillo***, que habló de nuestra quinta edición en su columna en el programa *Lo que el día se llevó* en (LN+). A la gente que decidió tener una **relación estable** con **DSE** a través de un aporte mensual para ayudarnos a crecer. También a cada una/o de los/as que en un **romance** o **cafecito** hicieron y siguen haciendo donaciones a la gorra. A quienes se siguen sumando para recibir el **newsletter**. Al mini aluvión de nuevos followers en una, alguna o todas nuestras redes sociales (siempre somos @digansuselogios). A cada ser del bien que nos dejó elogios en la página.

www.digansuselogios.com

DIGAN SUS ELOGIOS
Directora Responsable: Daniela Pasik
Nº 6, agosto 2021
Bauness 1278, CABA
Registro DNDA en trámite

BITÁCORA

EL NINJA NEGRO

Cuando era chico quería ser grande para jugar al fútbol en la primera de Boca, al básquet en los Chicago Bulls o al vóley en la selección argentina. También quise ser locutor y astronauta. Fui cambiando. Lo único que sostuve más tiempo fue el deseo de convertirme en ninja negro.

Después de cenar, practicaba acrobacias de ninja en la casa de mi vecina. Saltaba desde el borde del aljibe altísimo, con los ojos achinados y la concentración aguda burlándome de la gravedad para acercarme a las estrellas. Cada vez me sostenía más en el aire y caían más lejos los molestos del barrio cuando losalcanzaba con mi patada voladora, ¡iiiá! Necesitaba desesperadamente ser fuerte, imbatible, de movimientos imperceptibles, confundirme con la noche y golpear duro.

El paso del tiempo me hizo grande y se quedó con todas las características del ninja negro que quería para mí. Encima, el traicionero se camufla fácil entre la gente, es imposible reconocerlo y esquivar sus azotes. Me pega mal.

Miro hacia atrás y un poco arriba: reviso aquellos vuelos cortos. No entiendo cuándo dejé de caer en el patio vecino —con ese pasto cortito, perfecto, como una alfombra húmeda y perfumada— y empecé a aterrizar en el pupitre del colegio con un delantal blanco y aburrido en lugar de la vestimenta oscura de ninja. Me veo frente a la profesora de inglés, mira mi hoja y pide que baje de la luna de Valencia, dice que me apure con el examen que se pasa la hora.

“Qué rápido pasa el tiempo”, pienso, como si tuviera mil años.

En 2020, a los 35, después de una seguidilla de golpes en una disputa despareja contra el ninja, encontré cierto alivio, por más estúpido y egoísta que parezca. Por momentos, me hice lo suficientemente el boludo como para aprovechar el tiempo libre que no tenía desde que era pendejo. Escribí y leí un montón. También escuché mucho la radio.

Una mañana, en Nacional Rock, el filósofo de apellido imposible dijo que no festejaba su cumpleaños porque era la confirmación de que estaba más cerca de la muerte. Me causó gracia. Después, apagué la radio mientras mi sonrisa se derretía, agarré el libro que estaba en curso, *Todos nosotros*, de Kike Ferrari, y leí: “Cómo nos vamos a dejar aplastar por algo tan banal como el tiempo”. Lo decía el gordo Felipe, convencido de que la máquina para viajar al pasado que estaba construyendo funcionaría.

Cuando fantaseaba con ser ninja negro nunca se me había ocurrido pensar en una máquina del tiempo. Ahora, si lo imagino, no se me ocurre a dónde iría. Demasiadas opciones. Un destino posible podría ser a mi trabajo como cajero en la cabina de peaje, para advertirme que no haga horas extras, que no deje que los días se consuman al ritmo y al gusto agridulce del laburo. Al volver de esa advertencia podría ver si dejo de quedar tan mano a mano con el ninja negro que me hace correr para cumplir con todas las obligaciones.

Vuelvo pedaleando a casa pensando que otra vez se me hizo tarde para escribir y por más rápido que lo haga nunca tardo menos de una hora en llegar.

En *Aire, luz, tiempo y espacio*, Bukowski dice:

“No, nene, si vas a crear
vas a crear trabajando
16 horas por día en una mina de carbón
o
vas a crear en una piecita con tres chicos
mientras estás
desocupado
vas a crear aunque te falte parte de tu mente y de tu cuerpo, vas a crear ciego, mutilado, loco”.

Me parece hermoso el poema, y cuando lo leí por primera vez estuve muy de acuerdo. Ya no tanto.

Me metí en la literatura de grande. Tuve un pequeño romance cuando estuve en el Club de narradores en séptimo grado, pero no prosperó. Me distraje demasiado con una chica. Era linda, graciosa y tenía una voz brillante que hipnotizaba al público joven —de primero o segundo— y a mí también.

Para escribir necesito (leer) tiempo y que todo esté —como dicen los El mató— “más o menos bien”. Por ejemplo, aún no leí ninguna novela de Shirley Jackson, me faltan unas cuantas de Vonnegut, mil de Stephen King, *2666* de Bolaño, casi todo Borges, etcétera, etcétera, ¡etcétera! El tiempo es un ninja negro que cuando pasa me pega y grita “es tarde”.

Además, ahora resulta que necesito dormir como mínimo siete horas, hace un par de años con cuatro funcionaba perfecto. El ninja hace cuentas y por más tensión que encuentre en lo que estoy leyendo, de un golpe seco —casi imperceptible— activa el mecanismo que cierra mis ojos, abre mi boca y me pone a roncar.

En mi último cumpleaños, después de comer como cerdos, brindar, soplar las velitas y coso, Vicky y Agustina se empezaron a desdibujar, hablaban no sé de qué serie con un tono cada vez más grave y lejano. Estábamos en el patio de casa y, por más que el verano se acercaba, la noche enfriaba mis orejas. Fuerzas desconocidas me subieron el cierre de la campera, me pusieron la capucha, descruzaron mis piernas y las estiraron suavemente hacia abajo. En un esfuerzo abrí los ojos haciendo un paneo de situación, las chicas seguían charlando y Nahuel me sonreía al mismo tiempo que se desarmaba en el asiento y se quedaba dormido. Encontré acompañamiento. Me despertó al rato la voz hermosa de mi hija preguntando si podía comer más torta. Brindamos, seguimos.

Ahora cumple un año **DIGAN SUS ELOGIOS**. No creo que **E. Logian** se duerma en la silla, es un ninja negro nocturno que trae en su edición aniversario mucha patada voladora. En **Literatura** sale knock out con ***Ángel de la guarda***, un cuento poco visto de **Mariana Enriquez** que junta al diablo, un parricidio y mucha seriedad salpicada de morboso humor negro; y un capítulo de *Dura hasta la náusea*, de **Cecilia Sluga**, una novela cómica, sexual, viciosa. Al **Capricho** lo armó el núcleo duro de la mafia positiva escribiente, o sea, **Daniela Pasik**, **María Miranda**, **Mariana Armelin**, **Martín Gagliano**, **Flora Otaño Ezcurra** y **Darío Sosa**, y son seis reflexiones de sinceridad algo sombría, pero también con empeño optimista, sobre costumbres adquiridas en la nueva normalidad. Las **Reseñas** son de una novela muy lírica y un poemario muy narrativo: ***Castillos***, de **Santiago Craig**, y ***Decálogo para un casamiento***, de **María Paula Zacharias**. Para cerrar a puro golpe, una **Entrevista** al poeta, traductor y arengador del lenguaje **Ezequiel Zaidenwerg,** que en realidad es una charla repleta de inspiraciones. Todo ilustrado con desenfreno lúdico por **Fidel Otaño Ezcurra**, nuestro estilista de imagen del proyecto.

Está bueno cumplir años. Me gusta. Le peleo al filósofo de apellido imposible, no tiene razón. Pongo en suspenso al ninja negro. Cambiamos de pilchas por un rato que estiro hasta recibir el último saludo, el deseo compartido de un reencuentro, la promesa de abrazos, asados y chinchines. Disfruto los festejos por más íntimos que sean, la confianza para meter una siestita, una porción más de torta y otro brindis. Una celebración, como una tregua, por lo hecho y por lo que vendrá. Chin chin.

DARÍO SOSA
CONSEJO EDITORIAL

Ilustraciones: Fidel Otaño Ezcurra

ÁNGEL DE LA GUARDA, UN RELATO DE MARIANA ENRIQUEZ

Terror, realismo, crónica, ensayo, narrativa, coyuntura. Todo lo hace de un modo desenfrenado, alejada de cualquier convención, rompiendo límites. Como en este cuento, una ficción inspirada en las "hermanas satánicas", un caso policial real, atravesada por la obsesión, rituales, cierto humor negro y un mal terreno que podría o no ser sobrenatural.

ILUSTRACIONES: FIDEL OTAÑO EZCURRA

La estaban matando entre los dos.

Marisa se quedaba despierta toda la noche, esperando, hasta que los escuchaba. Inés abría la puerta de su cuarto y lo dejaba pasar, cuando pensaban que mamá ya estaba dormida. Pero mamá dormía menos que Marisa, porque no podía descansar: tenía los pulmones cargados de fluidos, el corazón pesado, la pierna que le quedaba deformada por la hinchazón, la que le habían amputado todavía presente con su dolor fantasma. Obesa, mamá se sentaba en la cama y los escuchaba coger toda la noche, aunque ellos se esforzaban por ser silenciosos. Cuando Marisa le llevaba el desayuno a la cama todas las mañanas y la veía llorar, sabía que su mamá había escuchado todo, cada gemido y cada gruñido, las corridas en puntas de pie, las risas ahogadas. Y que se callaba porque estaba demasiado horrorizada y enferma y asqueada. A lo mejor también sabía, como Marisa, que no tenían la culpa.

Era ese diablo del techo, pensaba Marisa. Había brotado de una mancha del revoque. Papá siempre estaba por terminar de arreglar las grietas del cielorraso, y subido a una escalera las iba tapando con mezcla. Uno de los arreglos quedaba justo sobre la cama de Marisa, y ella había visto clarísimo cómo se transformaba: primero pareció un pájaro con las alas extendidas, pero después fue cambiando hasta que las alas se transformaron en cuernos y las patitas se unieron en una nariz, y el cuerpo formó la cara del diablo. Hacía mucho de eso; y cuanto más se parecía la mancha al diablo, más gorda se ponía su mamá. Tanto que hubo que dejarla sola en la cama: papá ya no podía dormir con ella, porque ocupaba todo el colchón; además la molestaba. Se mudó a la habitación al lado de la de Inés, la de los cachivaches. Y cuando a la mancha le salieron cuernos, papá empezó a ir todas las noches a la pieza de Inés.

Pero no son malos, se decía Marisa y rezaba debajo de las sábanas porque el diablo la miraba desde el revoque. Mi hermana no es mala, mi papá no es malo. Es el diablo.

Empezó a trabar la puerta, por si a papá se le ocurría visitarla a ella también. Sabía que si la tocaba, le iba a pasar el diablo. Ella ya se daba cuenta cuando su papá no era su papá. Los ojos se volvían de muñeco, como si fueran de plástico, con los párpados rígidos que se cerraban con un "clic" cuando movía la cabeza; hasta las pestañas parecían artificiales. Ella no le hablaba cuando tenía al muñeco adentro. Pero lo abrazaba y lo besaba cuando era normal, para ver si con todo su amor lograba que el diablo se fuera. Con Inés no se atrevía. Ella estaba demasiado atacada. Se peinaba el pelo con Coca Cola y se iba al centro todos los fines de semana con el 45. Los vecinos decían que se quedaba toda la noche allá, levantando tipos. Eran órdenes del diablo, Marisa estaba segura, y empezó a rezar sobre la cama de su hermana, arrodillada. Pero ella se le burlaba, le gritaba chupacirios y tomaba cocaína sobre la mesa de luz.

Una noche empezaron los martillazos en la pieza de mamá. Siempre eran tres, y sonaban cuando papá entraba a la habitación de Inés. "Yo no sé por qué a los vecinos se les da por clavar cosas a esta hora", se quejaba mamá, pero no insistía, porque después de todo eran nada más que tres golpes. Marisa quiso averiguar, pero cuando le preguntó amablemente al vecino, él le aseguró que a esa hora en su casa ya estaban todos durmiendo. Marisa le creyó. Pero se calló la boca. Ay, si ella supiera cómo ayudarlos, pero solamente podía rezarle a Dios. Y su mamá estaba peor desde los martillazos. La pierna fantasma le dolía más que nunca. Hubo que llamar a la ambulancia varias noches, porque el corazón le fallaba. Cuando la internaban y no estaba en casa, los golpes paraban. Desaparecieron del todo cuando murió en el hospital, después de dos semanas de martillazos.

Marisa supo que mamá había muerto antes que los demás. Papá estaba en Capital, trabajando en la bulonería: no podía tomarse días libres ni siquiera para cuidar a su mujer, porque la plata no sobraba. Inés atendía el kiosco del que se había ocupado mamá antes de quedar postrada. Marisa había vuelto a la casa para buscar ropa limpia. Y cuando estaba armando el bolso, escuchó ruidos en el living; primero solo un batir de alas, pero después un rumor y después un estruendo que la obligó a taparse los oídos y gritar. Tuvo mucho miedo pero salió corriendo de la habitación. Y en el living vio cientos de gorriones, una nube marrón y negra, los pájaros que se estrellaban contra los vidrios de las ventanas y las paredes y el televisor, algunos caían muertos sobre el sillón, y gritaban. El diablo con alas, el diablo que había sido pájaro. Marisa se arrodilló y cruzó las manos en padre nuestro que estás en los cielos, y de pronto, como si nunca hubieran estado allí, los gorriones desaparecieron. No huyeron, porque no había ninguna ventana abierta, era pleno invierno. Desaparecieron como si jamás hubieran estado ahí. Pero no estoy loca, para nada, pensó Marisa, y temblando buscó debajo de las sillas y de la biblioteca hasta que encontró un gorrión muerto, esta es la prueba, y lo escondió en el cajón de su mesa de luz. Después deshizo el bolso: ya no le iba a hacer falta a su mamá.

***

Papá trató de contenerla, pero no pudo. Decía cosas como "mamita ya no sufre más" pero Marisa no lo escuchaba. Le rasguñó la cara de muñeco, y después se tiró sobre Inés, bruja bruja, vos la mataste, los dos la mataron. Papá le dio una pastilla y la mandó a dormir. Cuando se despertó, Inés se había ido. Papá le prometió que ahora todo iba a ser distinto. Y le anunció que se mudaban a la Capital, para empezar una nueva vida. La casa tenía demasiados recuerdos, le dijo llorando. Marisa se puso contenta y lo besó en la cara, en el cuello. El muñeco se había ido: papá estaba igual que antes, igual que cuando ella era chica y la iba a buscar a la escuela o hacía leche chocolatada para sus amigas. Gordito y hermoso papito.

Lo peor fue desarmar la pieza de mamá, que apestaba a remedios y orín, el colchón hundido por el peso del cuerpo enorme, la pierna ortopédica que no había alcanzado a usar. Los vecinos ayudaron en la mudanza: todos los querían mucho en el barrio, y nadie quería que se fueran, especialmente don Kiselevsky, el polaco que le alquilaba el quiosco a su mamá. "Una mujer tan buena, la pucha", decía. Él ayudó a sacar el ropero de la pieza de la enferma. Y detrás del mueble, en la pared, Marisa lo vio. Una figura de mujer gorda, una silueta trazada con carbón, que tenía un clavo hundido a la altura del corazón. Abrió la boca y gritó; don Kiselevsky fue a buscar a su padre, qué pasa, qué pasa, esta chica está muy mal, pobrecita, no puede hacerse a la idea de lo de la mamá, y Marisa señalaba la pared, pero el polaco no entendía, no veía nada. Papá le sacó las manos de la cara, porque Marisa se arañaba, se clavaba las uñas en las mejillas. Pero ya no era papá: tenía los ojos de plástico del muñeco. Ahí, ahí, la mataron, gritaba Marisa, y los párpados rígidos de papá se abrían y se cerraban y le decían hijita es una mancha de humedad, no hay nada no hay nada, pero ese no era papá.

***

La casa nueva quedaba en Saavedra, tan lejos de Lomas de Zamora. Pero a Marisa le gustó. Tenía dos pisos, y aunque quedaba en el fondo de un pasillo, el sol daba en el patio y en las habitaciones de arriba. Pero, sobre todo, le gustó porque no había diablos en el techo, ni siluetas pintadas en las paredes. Además, Inés no iba a vivir con ellos. A lo mejor Inés se había llevado al muñeco, o a lo mejor todo eso se había quedado en la casa vieja. Su papá parecía otra vez el de siempre. Ella lo vigilaba. Lo iba a buscar todos los días al trabajo, y él le presentaba a sus compañeros, orgulloso porque Marisa se había anotado en Derecho. Cuando rindió con ochos las primeras dos materias, papá la llevó a comer a un restaurant muy caro de Barrio Norte. Todas las noches Marisa le rezaba a Dios y le agradecía, aunque a veces también se enojaba: ¿por qué mamá había tenido que sufrir así? ¿Por qué el diablo la había elegido para castigarlos? A lo mejor era una prueba. Se compró un rosario, y decidió que nunca iba a sacárselo del cuello, por si volvían los pájaros.

Pero nunca volvieron. La que volvió fue Inés. Papá se lo avisó antes, mientras cenaban. Le dijo que tenían que recomponer la familia. Que Inés también había sufrido mucho, pero que era rebelde, y tenía que entenderla. Que por fin Inés tenía un trabajo y además estudiaba, pero no le alcanzaba para el alquiler, y él no pensaba dejar a su hija en la calle. Que ellas tenían que perdonarse y quererse, porque eran hermanas, y que así lo hubiera querido mamá. Marisa vomitó toda la noche, y rezó. Pero cuando su hermana llegó al día siguiente con las valijas, la recibió con un abrazo. A lo mejor papá tenía razón. No le había hablado con ojos de muñeco.

Hubo peleas las primeras semanas, eso sí. Pero sobre todo porque Inés quería escuchar Metallica, y a Marisa le gustaba Ricky Martin. Papá, riéndose, dijo que iba a comprar otro equipo de música, haya paz, señoritas. Tres días después, papá la fue a buscar a la facultad, y le dijo que tenía una sorpresa. En el asiento de atrás había una caja de cartón y, adentro, el equipo prometido. Pero la sorpresa fue otra: tenía los ojos de muñeco. Marisa se contuvo: no tenía que llorar, ni pegar; no tenían que darse cuenta. A ella le tocaba actuar. Por algo el diablo no la buscaba. Estaba pura. Nunca había tenido un novio. Nadie la había tocado. Tenía que salvar a su familia, aunque no había podido salvar a su mamá. Se lo debía a ella, pobrecita, que se había muerto con un clavo en el corazón.

Inés se mudó a la habitación de su papá porque, decía, en la suya se escuchaban ruidos. Marisa también los escuchaba. Corridas en la escalera, los martillazos otra vez. Y los gemidos de papá por la noche, pendeja sos tan divina, y después Inés, papito comeme toda, comeme la conchita, así. Aunque Marisa se tapara los oídos, los seguía escuchando. Hasta distinguía el chapotear de los besos y las lenguas, los rugidos de papá un rato después de que decía, en voz baja, chupámela, hijita, chupámela. ¿Qué podía hacer? Sugerir, a lo mejor. Durante el desayuno, por ejemplo.

—Papá, ¿vos escuchás los ruidos que dice Inés?
—Sí, andá a saber, hay muchos departamentos acá, viste cómo es la gente…
—Pero, ¿escuchás los pasos en la escalera?

—Ah bueno, pero ese es el Rocky, pobre perro, descubrió la escalera y juega de noche.

No era el Rocky. Hasta Inés lo sabía. Su hermana ya no tenía el diablo adentro todo el tiempo. Marisa lo notaba. Papá le pasaba el muñeco cuando se le metía en la pieza. De día estaba normal.

—Maru, vamos a preguntarle al dueño a ver qué onda.

Fueron las dos. Papá se hacía el divertido, pero estaba un poco incómodo. Ya te voy a ayudar, papito querido, pensó Marisa. Le preguntaron al dueño, que vivía en el departamento de adelante, si se había muerto alguien en la casa. Él les dijo que, por lo menos desde que él la había comprado, no. Inés se quedó tranquila hasta que, una semana después, se empezó a pudrir la comida. Hasta la que estaba guardada en el freezer. No podían cocinar. Tenían que comprar comida hecha en el supermercado, y comer rápido, porque hasta en el plato empezaba a apestar. Papá insistía con que era la heladera de mierda, pero sin convicción, tímidamente, por decir algo. Cuando no tenía al muñeco en los ojos, parecía asustado. Marisa lo convenció de rezar. Dale papi, recemos, pasan cosas raras a veces, y también podemos rezar por mamá. Los tres arrodillados en la habitación, con el rosario de Marisa, todas las noches. Pero los ruidos seguían. Y a veces, incluso después de rezar, papá se volvía a meter en la cama de Inés.

Ayudarlos, ayudarlos. A la mañana, papá miraba a Marisa con los ojos verdaderos, que parecían rogarle. Lo había visto llorar en un rincón del living, diciendo en voz baja qué nos pasa Dios mío. Para ayudarlos, Marisa se tomó un colectivo hasta el centro. Buscaba la dirección de un Centro de Angeología. El folleto, que había encontrado pegado en una pared de la facultad, decía que ahí ayudaban a expulsar demonios, a encontrar el Ángel de la Guarda, a cortar daños y encontrarse con La Luz Divina. Se inscribió sin pensarlo cuando vio el lugar, lleno de velas blancas, silencioso, lleno de paz. También anotó a Inés, pero no le dijo nada. Más adelante lo iba a hacer,si el curso servía.

En la primera clase, el profesor dijo que cada persona era un ser de luz, y que todos eran capaces de expulsar la oscuridad. Marisa tomó apuntes. Era posible ayudar a quienes transitaban las tinieblas, sea por un daño o maleficio, porque el diablo acechaba en todas partes, pero no era invisible. Escuchó historias maravillosas de gente que había sufrido tanto tanto, y ahora era libre, por la gracia de Dios. Pero era fundamental invocar y encontrar al ángel. Todos tenemos uno que nos acompaña en silencio, pero se puede aprender a hablarle. El profesor dijo que incluso podía ver a unos cuantos, flotando sobre los hombros de los alumnos. Marisa le preguntó si veía al de ella. El profesor le dijo que todavía no, pero que con unas indicaciones que él iba a darle, pronto lo conocería. También quiso saber cómo se hacía para llegar a la luz. El profesor le entregó personalmente, en mano, un librito, apenas fotocopias dobladas, pero que contenía el método de Purificación. “Con fe y la ayuda del Ángel, siempre funciona”, y le apretó el hombro con verdadero afecto. Marisa volvió a casa con su libro y sus instrucciones apretadas contra el pecho; no se atrevía a leerlas en el colectivo. Subió corriendo las escaleras y se puso a leer sentada sobre la cama. ¡Había tantos ángeles para contactar! Eso no se lo esperaba. Miguel, Gabriel, Rafael, Uriel, Chamuel, Jofiel, Zadkiel. Tenía que elegir uno. Pero primero tomó nota del rito de purificación. Lo copió entero en su anotador, para recordarlo, como hacía con los textos de la facultad. Así los memorizaba mejor. Le llamó la atención que, al final, la explicación del rito dijera: “A veces da miedo”. Ella tenía mucho miedo. Pero tenía que ayudarlos, ayudarlos.

Antes de dormir, invocó a Zadkiel.

“Que el espíritu maligno sea definitivamente aniquilado
y que el amor reine entre nosotros
así como Tu amor se nos manifiesta pleno e inagotable.
Amén”.

***

Se lo encontró a la mañana, a los pies de la cama. No tenía el aspecto que esperaba. Ni manto ni alas ni juventud. Parecía de unos cuarenta años, con el cabello oscuro y engominado, traje azul oscuro y camisa blanca.

—¿Zadkiel? —dijo Marisa, y se dejó caer de la cama al piso. Ahí, arrodillada, rezó.
—Pero querida, hace años que esperaba tu llamado. De pie, por favor. O sentate en la cama, da igual.
—¿Zadkiel?
—No, él está ocupado. Yo soy Nicolás.
—“Que tu amor…”
—Gracias, querida, pero no hace falta tanta ceremonia.

El ángel resopló. Tenía ojos verdes y la frente amplia. Miró alrededor mientras esperaba que Marisa dejara de llorar y se sentara en la cama.

—Ay Lucifer, Estrella de la Mañana, estás obsesionado con este barrio, ¿no es verdad? ¡Sos tan obvio! Es claro que tu pecado fue la soberbia. ‘Existe una región fronteriza donde la urbe y el desierto se juntan en un abrazo combativo, tal dos gigantes empeñados en singular batalla. Saavedra es el nombre que los cartógrafos asignan a esa región misteriosa, tal vez para eludir su nombre verdadero, que no debe ser proferido’. La geografía ha cambiado un poco, la verdad. No es que te importe, lo sé.

Marisa lo miraba embelesada, aterrada.

—Perdón por la digresión, querida mía. Pero a quién se le ocurre vivir en Saavedra, me pregunto. En fin, al trabajo. ¿Cuántos años tenés?
—Veintiuno.
—La vida por delante. Bien. Lucifer Estrella de la Mañana se ha encarnizado con tu familia, ¿verdad?
—Necesitamos tu ayuda, amado Zadkiel…
—Nicolás. Claro que la necesitan y a mí no me queda otra.

El ángel se paró. Era muy alto, y delgado. No irradiaba luz.

—Va a ser duro, Marisa. Muy difícil. Lamentablemente, han quedado en medio de la batalla de los ángeles y los demonios que se disputan el alma… Bien, al trabajo. Soy Nicolás, el Purificador. Y debemos actuar juntos hasta el final. Atención: tu padre y tu hermana están poblando la ciudad de íncubos y súcubos con su lujuria. Desde hace mucho tiempo. Ni siquiera lo saben. Yo voy a guiarte, en cada paso.

Marisa lloraba a gritos, de miedo y agradecimiento. Tanto lloraba que pronto comenzaron los golpes en la puerta. Hija estás bien, qué pasa hija, decía papá. Marisa miró al ángel, que se encogió de hombros.

—Que pase —le dijo. —No puede verme. Soy tu ángel de la guarda. Invisible para los demás.

Marisa abrió y, temblando, comprobó que el ángel decía la verdad. Allí estaba todavía, sentado en la cama; su padre se sentó a su lado, y no notó su presencia en absoluto.

—¿Qué pasa, hija?

Tenía los ojos del muñeco. Marisa miró al ángel, que asintió.

—Papito, tenemos que rezar.
—Hija, basta con eso. ¡Basta! —y se levantó enojado, con los párpados rígidos. Marisa lo siguió —dejame en paz hija, voy al baño —y Marisa lo siguió. Cuando entró, vio reflejado en el espejo al muñeco verdadero, al que antes solo había visto en la cara del padre, sonriendo. Ahí está, ahí está el diablo, gritó, y papá, enojado, le dio un puñetazo al espejo, que se rompió. Entonces apareció Inés, semidesnuda, y Marisa empezó a gritar y llamar a Nicolás. Papá hablaba de psicólogos y tranquilizantes; Inés murmuró loca de mierda, y se fue.

El ángel flotó sobre Marisa, que gritaba acostada en el piso del baño.

—A la cama —le dijo, y por primera vez su voz sonó poderosa, llenó el mundo, hizo temblar el espejo roto en el piso y aullar a Rocky, que subía y bajaba la escalera. —A la cama. Mañana será el día.

***

El ángel Nicolás le dijo que él se encargaría de que ninguno de los dos se resistiera. Llevó a papá y a Inés al cuarto que compartían a la medianoche. Parecía haberles quitado la voluntad. Con un gesto los obligó a arrodillarse y rezar, y ellos lo hicieron. Después mandó a Marisa a hablar con el dueño de la casa. No tenemos que ser interrumpidos, le explicó. Ella ensayó la excusa: “Con mi familia empezamos a ir a un centro religioso y vamos a hacer algunas oraciones”.

Doce horas, dijo Nicolás, hasta la Purificación final. Le indicó que cerrara todas las puertas y ventanas, y que abriera todas las canillas de la casa: hacía falta mucha agua, fluir, fluir, le dijo. Y rezar. Los tres tomados de la mano, desnudos en la habitación, los colchones en el piso, de la mano. Marisa sentía la fuerza y veía los pies de Nicolás, suspendidos a la altura de sus ojos. Ahora irradiaba una luz negra, una sombra que delineaba su cuerpo, como la del trazo de carbón que había matado a mamá. Él mismo encendió velas en todas las habitaciones del piso de arriba y

en la planta baja. Hablaba, pero Marisa no le entendía, salvo cuando le daba órdenes secas. Los salmos, ordenaba. Y Marisa y su hermana y su padre oraban, con la Biblia abierta.

Como escorias hiciste consumir a todos los impíos de la tierra;
Por tanto, yo he amado tus testimonios.
Mi carne se ha estremecido por temor de ti,
Y de tus juicios tengo miedo.
Juicio y justicia he hecho.

Justicia para mamá, fuera Satanás, gritaba Marisa y lloraba cuando veía que su padre se excitaba aunque cada vez que quería acercarse a Inés recibía una patada del ángel que flotaba envuelto en luz negra. La cara de papá, la del muñeco, ahora empezaba a desfigurarse por los golpes, pero el ángel insistía querida esto no es real, cuando termine tendrás a tu familia de vuelta, como antes, como debe ser. Rezaron de la mano hasta que el ángel los detuvo y volvió a tomar a papá y a Inés en sus brazos: tenía tanta fuerza, podía cargarlos a los dos. Ellos estaban como muertos, tan relajados que de entre sus piernas chorreaban excrementos y orina, y todo el pasillo apestó enseguida, a pesar de las velas y las hierbas aromáticas.

Voy a sostenerlo de pie, dijo el ángel.

Y Marisa supo que tenía que ser valiente.

Inés sólo observaba, aunque no parecía ver.

Marisa fue hasta la cocina, y trajo un cuchillo, el primero que encontró, uno pequeño, mango de madera, de filo serrucho. Miró al ángel, que tenía los ojos cerrados. Y le clavó el cuchillo en la cara al muñeco. Una vez, otra vez.

Saldrá por el pecho, dijo el ángel, aunque no movió los labios.

Papito perdón, dijo Marisa y trazó un círculo sobre el pecho de piel fláccida con el cuchillo.

Y ahora el cuello, ordenó el ángel, y dejó caer a papá, y Marisa recibió el chorro de sangre en la cara y patinó en la sangre que cubría el piso. Sintió cómo el líquido caliente le empapaba la entrepierna, y también sintió un escalofrío desconocido. Esto es lo que siente Inés, pensó, cuando papá es el muñeco.

Otra vez la cara, para que el muñeco se fuera. Los párpados fijos, pensó, y los arrancó. Papá tenía la boca abierta. ¿Estaría gritando? Ella solo podía escuchar al ángel que ahora estaba al lado de Inés, sosteniéndola. Su hermana parecía despierta. No importaba. El ángel la soltó. Inés cayó sobre la sangre y se revolcó. Se reía.

Lucifer en la cara, dijo el ángel. ¡Vamos! Y Marisa se arrodilló y mordió al muñeco, para arrancarlo de una vez, de una vez. Volvió a sentir la humedad cálida entre las piernas. Es la sangre, es la sangre, pensó, y escupió carne, mejilla, labios. Se dio vuelta, con los dientes apretados. Y vio al muñeco en la cara de Inés, que se pasaba la sangre por los pechos, tan sucia, tan impura, puta, asesina de mamá, puta.

Entonces el ángel abrió los ojos y la sombra que lo rodeaba rugió. Intrusos, supo Marisa. ¿Cómo habían podido abrir la puerta?

¡Váyanse! ¡Esto no es real!, gritó el ángel. Y cuando los intrusos intentaron detener a Marisa, se interpuso, y con un golpe de su mano los hizo volar hasta el otro extremo de la habitación, una y otra vez. Ella seguía con el cuchillo en alto.

—¡Soy el Purificador! —gritó el ángel. —¡Esto no puede detenerse!

Pero Marisa sintió que se le aflojaban las rodillas. Intentó resistirse a los intrusos que querían atarle las manos a la espalda; intentó dar un salto y clavar el cuchillo en la cara de Inés, que era la del muñeco; estaba en su hermana pero también estaba en todas partes, y gritaba algo imposible de comprender, algo que hacía desaparecer la luz negra de alrededor del ángel, el ángel que ya no flotaba, que tocaba el suelo con los pies, cabizbajo, y le decía estúpida, débil, pero sin furia, resignado. Marisa miró a los intrusos, y dijo:

—El diablo estaba en papá. Mamita, mamita, ahora papito va a volver bueno.

Los intrusos la empujaron a la calle. Gritó el nombre del ángel, pero no tuvo respuesta. Lo último que vio, antes de que la taparan con una frazada, antes de que la encandilara el sol del mediodía, fue el techo lleno de sangre, y los ojos del muñeco, risueños, en los ojos de su hermana.

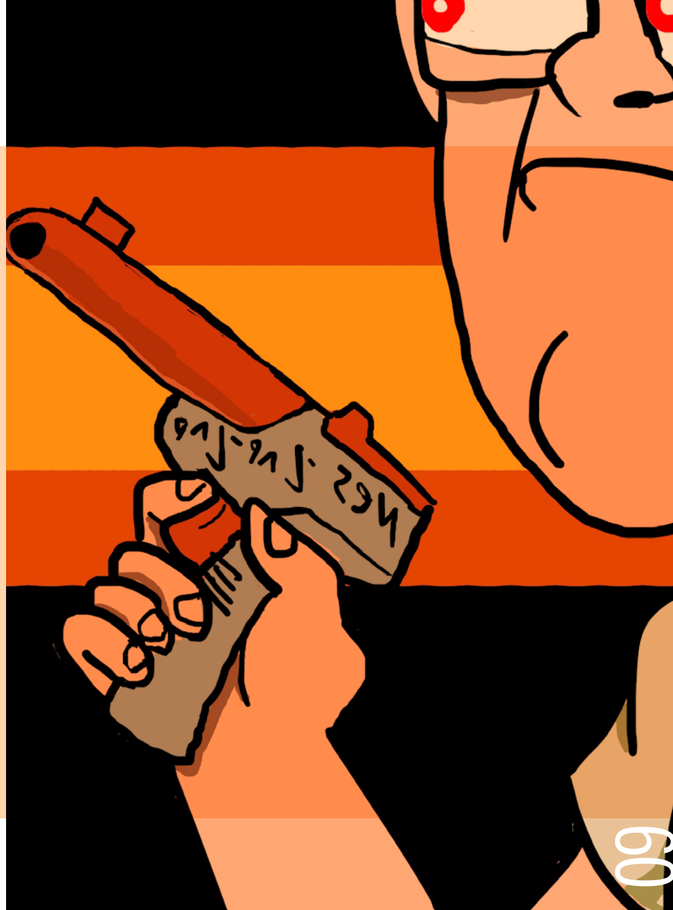
Colofón

Llegó a la literatura desfachatada y macabramente rocker con *Bajar es lo peor*, en 1995. *Las cosas que perdimos en el fuego*, el libro de cuentos que elogió hasta Patti Smith, y *Nuestra parte de noche*, la novela que ganó el Premio Herralde, le abrieron las puertas del mundo. Finalmente. Porque Mariana Enriquez se curró su título de reina del realismo gótico caminando por el lado salvaje de la escritura desde su Cemento.

El jueves 27 de marzo de 2000, después de un rito de purificación que había comenzado la noche anterior, mientras su hermana Gabriela miraba, Silvina Vázquez apuñaló cien veces a su padre, Juan Carlos. El trío familiar creía que el diablo estaba viviendo en su casa del barrio de Saavedra, en la capital de Buenos Aires, y que además habitaba el cuerpo del hombre de 50 años. El asesinato fue consecuencia de un intento de "purificación". El caso se hizo conocido en los medios como el de "las hermanas satánicas".

Ángel de la guarda es un cuento que Mariana Enriquez escribió a pedido, para *In fraganti*, una antología ya descatalogada, de 2007, que Reservoir Books promocionaba así: "los mejores narradores de la nueva generación escriben sobre casos policiales". Por supuesto que a ella le tocó este, con demonios, barrio, superstición. No forma parte de ninguno de sus libros de relatos. "Está poco visto", dijo cuando nos dio el texto, y ahora tenemos el gusto morboso de publicarlo en **DIGAN SUS ELOGIOS.**

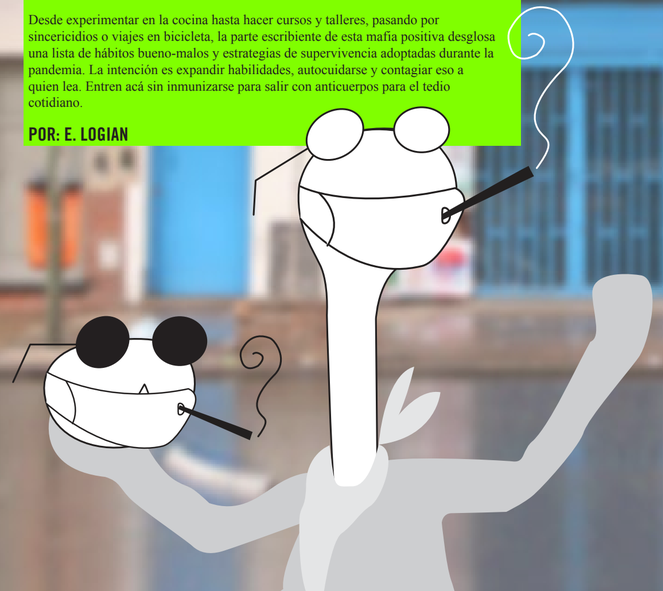
DANIELA PASIK
DIRECTORA EDITORIAL DE DSE



SIN REPETIR Y SIN SOPLAR, REFLEXIONES PANDÉMICAS: EL VASO LLENO DE LA NUEVA NORMALIDAD

Desde experimentar en la cocina hasta hacer cursos y talleres, pasando por sincericidios o viajes en bicicleta, la parte escribiente de esta mafia positiva desglosa una lista de hábitos bueno-malos y estrategias de supervivencia adoptadas durante la pandemia. La intención es expandir habilidades, autocuidarse y contagiar eso a quien lea. Entren acá sin inmunizarse para salir con anticuerpos para el tedio cotidiano.

POR: E. LOGIAN



No voy a disimular la emoción que me embarga, se cumple un año desde el lanzamiento del primer número de **DIGAN SUS ELOGIOS**. Feliz cumpleaños para mí y la mafia positiva, y chin chin para todo ser que nos lea con la esperanza de que sean cada vez más.

La alegría no la disimulo y quiero expresarla en todas las redes sociales habidas y por haber (salvo vivos de IG, que los odio), gritarlo en cada Meet y videollamada (Zoom no, estoy en contra), tirar papelitos de colores por la ventana. Sentirse feliz en este contexto no es moneda corriente, por eso hay que contagiarlo. Aprovecho para celebrar, ante todo, con una colección de mini ensayos que me encantan, hechos por mi gente favorita para la revista que amo y que ahora comparto con ustedes, a quienes incluyo en esta fiesta.

Me gusta cumplir mis caprichos. También amo hacer y recibir elogios. Para este número, como es una fecha especial, el reto fue contar un capricho saludable adquirido en pandemia y un elogio a esta nueva normalidad. Alto desafío ver el mundo actual con anteojos positivos, pero fue superado, y acá intentamos viralizarlo.

Daniela Pasik resume perfectamente las emociones cambiantes que nos atraviesan en esta etapa y sale a cazar fantasmas (literales y de los otros); **María Miranda** hace una oda a sus amistades y al vino; **Mariana Armelin** desglosa sus riesgos a tomar y pone prioridades en perspectiva; **Martín Gagliano** recuerda hacia dónde corría antes y baja un cambio con el té de menta; **Flora Otaño Ezcurra** se reconoce caprichosa de primera cepa y cuenta cómo aprendió a diferenciar determinación de berrinche; y **Darío Sosa** relata que, ante la imposibilidad de viajar, encontró una vía de escape sobre dos ruedas por la ciudad.

Por mi parte, mi mayor capricho es haber creado esta revista cultural en plena primera ola pandémica junto a la mafia positiva y mi mayor elogio es para esa banda hermosamente quilombera que se embarcó en una idea loca para hacerla realidad. Acá está, este es, mi sexto capricho de una serie. Vengo en mi primer cumpleaños a celebrar con papelitos de colores y confeti al paso de cada cual que lea.

NO ESTABA PREPARADA PARA UN APOCALIPSIS PAULATINO EN PANTUFLAS

POR: DANIELA PASIK

Veo, en las redes, despedidas. La vicedirectora de un colegio, el colega de mi amiga, un padre, una abuela, ese hermano de alguien que conozco. Me siento horrible. Pero porque pienso “menos mal que no soy yo o alguien de mi tribu”. Ahora, eso se mezcla con fotos de “personas de riesgo” o “personal esencial” vacunado, los turnos según edad o profesión, los textos emotivos. Me da vergüenza no sentir alivio, gana siempre la ira ante la pregunta recurrente “¿por qué te la dieron a vos?”, “¿Cuál te tocó?”. En mi momento de recibir la primera dosis tengo terror de que cancelen por algo, me repudien por estar del lado inmunizado. Lo veo cada día y me estremezco. No puedo compartir alegrías. Propias ni ajenas. Estoy repleta de recaudos. Y quedo en blanco, a rellenar.

Mis crisis emocionales de siempre ahora me parecen idiotas. Trato de completar mi casillero con algo que no sea cobardía y solo puedo pensar en eso de que el infierno es el otro. No me gusta la masa madre, se me mueren las plantas y no tengo tanta épica propia como para pasarla bomba a distancia. Igual hago cosas. No tiene que ver con este momento del mundo. Solo soy así. Avanzo en llamas, llorando, desesperada. O en blanco. A rellenar.

Escribo porque me calma, aunque también me desespera. Pero lo hago. En pleno invierno pasado, con la nada recorriendo el exterior, hice un curso para ser investigadora paranormal con un amigo. Nos pareció divertido. Lo fue. Terminé con un 10 en el examen final y un diploma de ghost hunter. Salgo a cazar fantasmas en toda su polisemia. Leo sobre liturgias vampíricas de día y a la noche veo series que me hagan reír o llorar.

Me niego a la demanda de productividad reinante, odio el cartel que exige hacer todo con amor, la fantochada positivista y coso. Nadie va a “salir mejor” de esta pandemia, lo estamos viendo. Yo solo quiero salir. ¿Falta mucho para llegar a ningún lugar? ¿Y ahora? A veces me golpea la certeza de que mi última juventud muere acá encerrada. Que volveré al mundo ya vieja, sin ganas.

Ojalá vuelva a querer ir a una fiesta, tomar del pico con alguien en una botella compartida, tocar a todo el mundo, besarme en la boca con un desconocido y hacer todo eso que en “la vieja normalidad” me daba fobia. Mi mayor deseo es que me dure el deseo.

AGUANTE LAS REDES, LAS ANALÓGICAS

POR: MARÍA MIRANDA

Por ser hija única, durante mis 28 años de existencia me han encasillado como caprichosa. A veces lo soy, aunque una mala caprichosa, que se da por vencida si la cosa se pone tediosa. Sí me considero una persona porfiada, por lo que creo que está bien.

El inicio de la pandemia me encontró sola y convencida de que esto era algo pasajero. A las dos semanas me resigné a que hasta 2022 no salíamos y después desconfié de que de esta saliéramos mejores. Mi cable a tierra fueron mis amigues, en todo su esplendor.

Un capricho que fui cultivando con el pasar de los meses fue cocinar (postres, cenas, almuerzos). Cada receta que encontraba en Instagram la guardaba y la ponía en marcha para luego enviarle una porción a amigas y amigos que viven cerca de casa. Otro capricho fue disfrutar los fines de semana desconectada de la virtualidad, que aparentaba ser la única ventana con el mundo, pero en realidad era mi manera de aislarme más de lo que estaba confinada por decreto nacional. Me encapriché con que la pandemia no me iba a deprimir más de lo que yo misma podía hacerlo y el vino fue un buen aliado en esa pelea.

Un elogio es difícil, pero veo un saldo positivo en la aventura que se emprende al conocerse a una misma entre tanto aislamiento. Elogio la paciencia que me tengo y la amabilidad que no perdí para tratarme bien en un contexto cuasi apocalíptico. Mi elogio es a las redes, pero a esas que tejemos con amigos, amigas, parejas, vecinos, vecinas, para sentirnos a salvo y en casa cuando el mundo tira para abajo.

ESCLAVA DE MI DESEO
POR: MARIANA ARMELIN

Elogio, no sé. Para elogiar estos tiempos tendría que haber un costado bueno y colectivo en lugar de este perderle el respeto a la muerte ajena y coqueteo hardcore con la propia, en versión ruleta rusa inconsciente. Pero si jugara a elogiar desde mi comodidad de heredera de clase media, tengo dos razones.

Number one: usé la pandemia como excusa inapelable para una simpática cantidad de cosas.

Por ejemplo, y según el momento de cuarentena impuesto, diluí el epílogo de una relación alegando que extremaba los cuidados y aproveché para, de la misma manera, no ver a nadie a quien no tuviera ganas. Sinceré los estándares de higiene y belleza si, total, nadie me iba a ver en persona. Me levanté todos los días a la hora que me despertaba naturalmente, sin culpa. Bebí 357 días en un año con justificación.

La segunda: su capacidad para poner en perspectiva los dramas. Nombraré algunos. Asumí el fin de una relación amorosa que venía tapando a fuerza de negación. Me aclaró por qué cosas no me importaría morir, que son casi las mismas por las que vale la pena vivir, aunque no todas. Atenti, no esas pavadas que una teoriza cuando está feliz y lejos de la muerte, sino concretamente qué hice, dónde arriesgué en un determinado momento. Fue por sexo, ¿cuándo no? (o amor, el tiempo dirá o seguiré confundiéndolos hasta que muera) y por comida. El resto puede esperar.

También descubrí qué es lo que jamás volvería a hacer para ganar dinero y que el paso del tiempo no es uniforme, es una percepción caprichosa. A lo que más me dediqué fue a escribir, leer y cocinar, porque no pedí un fucking delivery durante los primeros nueve meses.

Y ya que hablamos de caprichos, acuñé varios y fueron variando de acuerdo a la etapa. Los enumero de menor a mayor. Uno. Bailar los sábados online. Dos. Tomar Campari con mi hija los viernes luego de hacer las compras y sanitizarlas. Tres. Comer maní durante los Zooms —no cualquiera, con cáscara, tostado y de una marca en particular que por momentos está en falta; sí, gente, Maní King—. Cuatro. Hacer asados, aunque fueran para mí sola. Cinco. Mudarme luego de once años; se me antojó y lo hice.

Y ahora, a raíz de este capricho tuyo, E. Logian, y honrando tu número favorito, quiero que se termine la pandemia, pero, número seis, sin perder nada de lo ganado y aprendido.

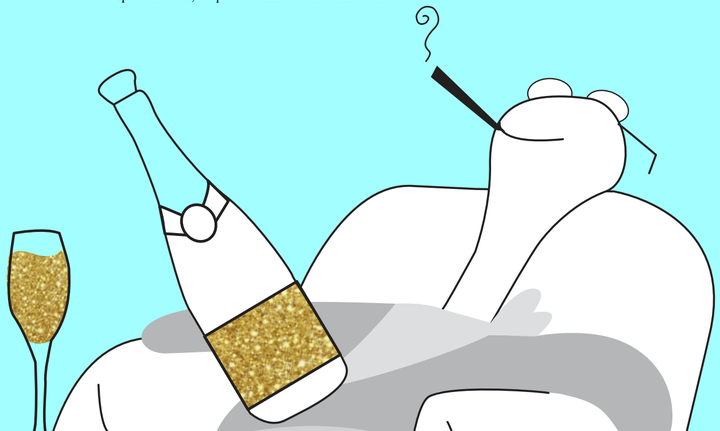
HOJAS DE MENTA Y AGUA CALIENTE
POR: MARTÍN GAGLIANO

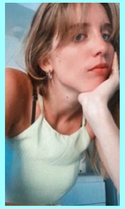
Durante los primeros meses de visita de la Tía Cuarentena pasé por una fase de experimentación violenta. Me anoté en cuanta actividad online pude encontrar, convencido de que estaba en una etapa de cambio y autoconocimiento personal. Si no es ahora, cuándo.

Y así pasé de catas de quesos a clases de calistenia via Zoom. Spoiler alert: todas y cada una estuvieron destinadas al abandono en el corto plazo.

Quizás en lo único en lo que me mantuve constante hasta el día de hoy es en la lectura. Leer antes de dormir, con un tecito caliente de menta en la mesa de luz es mi capricho favorito. Y si bien es algo que venía haciendo antes de esta nueva normalidad, también es algo que transformé en ritual.

Y mi elogio a esta realidad va por el mismo camino. En lo personal siento que hay una nueva percepción del tiempo. No es que los días sean más largos, es que no hay tanta necesidad de correr. La pandemia me desaceleró (un poco, tampoco la pavada new age) y estar en casa es combinar videollamadas de trabajo con tiempo de series, cocina, lectura, agua caliente y hebras de té con menta. Y siento que no está tan mal. Después de todo, lo que no te mata te hace más fuerte.





DE BERRINCHES Y CACEROLAS
POR: FLORA OTAÑO EZCURRA

Toda la vida escuché que soy caprichosa. Con mis hermanas, mis juguetes y mis elecciones: no suelto nada. Quiero que todo sea a mi manera. Puede que las acusaciones sean ciertas, sostuve múltiples caprichos a lo largo de los años.

Como buena niña criada a finales de los 90 y principios de 2000, cuando mis viejos se negaban a —por ejemplo— llevarme a tomar un helado, mis hermanas y yo les hacíamos un cacerolazo. Íbamos a la cocina, agarrábamos cucharas y cacerolas, y empezaba la manifestación.

Cuando quisimos ir a ver *Harry Potter* al cine, papá dijo que nos llevaría cuando lloviera. Entonces, salimos al jardín e hicimos la perfo de lo que considerábamos era "El baile de la lluvia", implorándole a la Pachamama que lloviera. Y llovió.

Pero esto que resultaba tan efectivo en mi niñez no se trasladó necesariamente bien en la vida adulta. Transmutó en algo mucho menos pintoresco: en relaciones que no fueron más que un capricho, por ejemplo. Que no hacían bien ni aportaban nada, pero eran un gusto que —de todas formas— me quería dar.

Desde que comenzó la cuarentena, muchas cosas cambiaron en el mundo y en mi vida.

Frenar me obligó a encontrarme con que si bien no sé qué quiero hacer con mis días, al menos sé lo que no quiero seguir sosteniendo. Y como ya no puedo resolver mis anhelos a cacerolazos, tuve que hacerme cargo de mí misma. Cambié de trabajo, de ciudad y solté vínculos que estaban irremediablemente sueltos. Estoy aprendiendo a encontrar mi medida de cuidado y a no apretar aquello que no quepa, o quiera caber.

En ese sentido, mis caprichos ahora consisten en pequeñas demandas sobre lo que acepto o no comer, qué series y películas estoy dispuesta (o no) a ver; y a quiénes habilito a que demanden de mi energía psíquica.

Puede que no sean tan distintos de los que tenía hace varios años atrás, en realidad. No lo sé, todavía no respondí muchas de mis incógnitas. No tengo respuestas, pero al menos tengo preguntas.

I WANT TO RIDE MY BICYCLE
POR: DARÍO SOSA

Por culpa del transporte público de CABA casi me vuelvo a mi pueblo.

Tenía un codo filoso a la altura de un riñón y el chivo transpirado de otro pasajero en mi cara, con una mano sostenía un libro y con la otra me agarraba de una mancuerna cuando lo escuché por primera vez. Con voz rasposa de fumador viejo y paisano, un mini-yo vestido de diablo a la altura del hombro me dijo: "Esta ciudad es una cagada, yo que usted me vuelvo".

Una vez un tipo altísimo y trajeado me pegó una piña en la espalda acusándome de que había entrado al vagón del subte a los empujones, estación Ángel Gallardo, 8.30 de la mañana. No sabes cómo se puso el diablito. "¡Vuelva, Sosa! ¿Cómo aguanta?".

En pandemia empezamos a ir con mi novia al laburo en auto (somos vecinos de trabajo). Al principio no había mucho tráfico, pero no duró demasiado… Y, bueno, cuando el tránsito no fluye, la gente se pone nerviosa y el diablito, contestatario y protestón.

Hace unos meses, ella declaró: "lo del auto no da para más. Catorce kilómetros no es tanto, me voy a comprar una bici para ir a la oficina". Me pareció una locura, es muy lejos. También me pareció que no me aguantaba más. A los días nos encontramos llegando a casa. Se bajó de la bicicleta y a pura sonrisa me dijo: "Mañana te la presto".

Mi querido Logian, que la pandemia fue y será una porquería ya lo sé, lo sabés vos y casi toda la humanidad. Una mierda que no creo que nos haya cambiado para bien. Sin embargo, en estos tiempos encontré un nuevo y hermoso capricho. Capricho, elogio y militancia a la bicicleta que me carga de endorfinas y me muestra —a pesar de todo— a una Buenos Aires más linda y hace cantar al diablito a pecho ancho.

MUCHAS GRACIAS A LA PARTE TEXTUAL DE LA MAFIA POSITIVA POR CUMPLIRME ESTE CAPRICHO CUMPLEAÑERO. Y UN CHIN CHIN ESPECIAL A MARÍA MIRANDA POR LA CELEBRADA PRODUCCIÓN.

FOTOS: GENTILEZA DE CADA AUTOR Y AUTORA

ILUSTRACIONES: FIDEL OTAÑO EZCURRA.

CASTILLOS, DE SANTIAGO CRAIG: CUANDO LO SINIESTRO HABITA LO COTIDIANO

Después de la temporada, la situación idílica de una familia argentina que pasa sus vacaciones en un pueblito costero uruguayo comienza a resultar inquietante. Surgen pequeñas cosas fuera de lugar en las costumbres locales, que podrían ser solo la mirada del turista, o no. Los detalles crecen con la fuerza de lo irremediable. Una novela que se construye desde la acción y la contemplación, como un thriller lírico que modifica la percepción de sus protagonistas.

POR: MARTÍN GAGLIANO

Ilustraciones: Fidel Otaño Ezcurra. Foto: gentileza Editorial Entropía

Un dedo recorre sobre la pantalla del celular la línea costera del norte de Uruguay. Por azar, capricho o destino se detiene en Punta Rubia, una playa chica cercana a La Pedrera. Así, Elvira y Julián, una joven pareja argentina, planifica las vacaciones familiares junto a su hija y su hijo después de un año largo y complicado. *Castillos* (Entropía, 2020), del hasta ahora cuentista Santiago Craig, invita a disfrutar del verano eterno en una tierra extraña y cercana a la vez.

La primera novela de Craig está recubierta de una familiaridad que lleva a quien lee a transitar y disfrutar junto a Julián, Elvira, Sofía y Camilo todos los lugares comunes de la rutina de veraneo: antojo de churros, amistades efímeras, torneos de tejo y el agobio bajo el sol constante. Craig hace foco en esta experiencia desde la idea de habitar por un tiempo corto un lugar a veces totalmente desconocido y el cambio de perspectiva que implica cuando alguien decide alargar la estadía.

En su premiado libro de relatos *Las tormentas* (Entropía, 2007), el autor adelantaba el ejercicio de mostrar que las experiencias ordinarias tienen un lado oculto, fuera de lo común. Un recurso que no solo sostiene, si no que amplía y despliega en *Castillos*. Esta historia podría trazar una línea de referencia directa a *Balnearios*, el documental de Mariano Llinás de 2002 que retrata con ironía y humor las formas de vida en vacaciones, especialmente en la playa. Pero en su versión sobre el tema, Craig presenta la argentinidad con una visión particular, tanto en lo público como en lo privado. Desde la relación entre vecinos/as hasta la intimidad de pareja. Además, cuestiona con inteligencia lo que define la masculinidad, las formas de ser madre o padre y hasta incluso la individualidad dentro de una familia.

Lejos de cualquier gesto costumbrista, Craig pone la mirada en lo prolífico del mundo interior de cada personaje. Julián es un escritor en potencia que está siempre imaginando el próximo relato y tiene el impulso de escribir, aunque se entrega al vaivén de las olas del mar. Elvira es su contracara efectiva, pragmática y resolutiva, que se siente cómoda en la acción. Ambos forman una pareja que encontró una forma de amarse y se sostiene por su singularidad. Un espejo que, como todo en *Castillos*, está siempre a punto de estallar en mil pedazos.

Los misterios en Punta Rubia se acumulan. Al principio, en una forma tan sutil que da lugar a la duda sobre su naturaleza alarmante y, de a poco, van creciendo en la tensión, que inquieta a personajes y lectores por igual. Lo que diferencia a los visitantes de los lugareños es la capacidad de asombro frente a eso que resulta raro: un vendedor ambulante que pedalea su bicicleta aunque tenga una pierna menos, pájaros que caen muertos en pleno vuelo, personas que bajan a la playa cuando hay tormenta, vecinos que aparecen y desaparecen, escopetazos que reverberan en la noche costera, ladrones imperceptibles y animales furtivos que acechan constantemente. Además, el carnaval, que aparece como un refugio tradicional para la liberación de la ferocidad humana.

Además de los varios enigmas que flotan en el aire salado de la historia, Craig hace una lectura crítica de los vínculos con el trabajo y la vida moderna. *Castillos* expone con inteligencia una verdad contundente: irse de vacaciones conlleva el mandato de pasarla bien a toda costa, descansar y olvidar las preocupaciones cotidianas. En esta época de aplicaciones, celulares y 5G, ¿es posible soportar esta idealización del paraíso veraniego?, ¿o gana la sensación de ansiedad y desamparo que provoca la desconexión con el mundo?

Irse de viaje es cambiar una rutina por otra. “El problema de las vacaciones es que parecen ciertas”, reflexiona Julián cuando instala la pregunta clave: “¿se puede vivir de vacaciones?”. Para Julián y Elvira todo es siniestro y a la vez nada lo es. Apenas entran en alerta, Punta Rubia despliega una contrafuerza apaciguante, una calma inexplicable, veraniega y uruguaya, que les intima a dejar cuestionamientos de lado.

Castillos, de Santiago Craig.
Editorial Entropía, 2020.
194 páginas.
Se consigue solo en formato físico.

DURA HASTA LA NÁUSEA, DE CECILIA SLUGA

Este es el sexto capítulo —que se puede leer suelto y entender como relato— de una novela que ya en su título captura el corazón del asunto: una crudeza bestial, tragicómica, depravada. La historia está cargada de infancia y madurez, atravesada por una sensualidad a veces cachonda y otras, peligrosa. Es coqueta y trash. Funciona para leer suelto, y además envicia, se necesita más. Ganó un premio del Fondo Nacional de las Artes en 2015, la publicó Modesto Rimba en 2019 y ahora gritamos desde acá que ya mismo empiecen a leerla.

ILUSTRACIONES: FIDEL OTAÑO EZCURRA

Con mi mamá nos odiamos todo lo que pudimos hasta que nos dejamos de hablar hace tres años. En mi infancia fue como un espectro, una molestia profunda y existencial. Durante el día estaba siempre en cama con dolores de cabeza fulminantes. Veía tele, no se sacaba el camisón, a lo sumo se ponía un déshabillé de seda encima. Hacia la tarde revivía y a la noche se emperifollaba para salir.

No tengo idea de qué hacía mi mamá con su vida cuando no estaba tirada en la cama hablando por teléfono con las amigas. Algunos vagos recuerdos de escenas en las que está presente, alguna comida familiar, tardes de sol en la pileta, pero de lejos, ni siquiera tan ahí. De trabajar ni hablar, nunca supe de nada productivo relacionado con ella. Me acuerdo de la boutique en la quecompraba la ropa, de la peluquería y de sus botas negras de taco bajo que yo usaba para jugar a las novelas.

Cuando yo tenía cinco años, un viernes la mucama de turno se llevó toda su ropa. Mirábamos la tele en el living con Rodrigo cuando llegó mi mamá de la calle en su catsuit fuseaux gris melange con un bordado negro y plateado. Pasó de largo y se metió en el baño. Ni nos registró. Tampoco se sacó los anteojos de sol. Era la primera vez que la veíamos en el día y ni siquiera nos saludó.

Estuvo encerrada bastante tiempo. Salió, se metió en su cuarto y trabó la puerta. Escuchamos los gritos apenas después del clic del picaporte. "¿Dónde están mis cosas?". Salió enfurecida y preguntó "¿Por qué están todos mis placares vacíos?". Lloró, gritó con las venas del cuello hinchadas y arrasó con media casa como un tornado. Nunca la había visto así, rabiosa. Quería recuperar sus cosas y además vengarse. No iba a parar hasta no destruir algo. La llamó a Pirucha a la farmacia y le gritó: "¿De dónde sacaste a la negra de mierda esa?". Le tuve miedo por primera vez.

Mi papá no hace nada por nadie excepto por mi mamá. Por ella es capaz de cualquier cosa. Todos los días le sube el desayuno a la cama. Los domingos, que no hay mucama, se lo hace él. Esta vez nos subió al auto y nos llevaron hasta Corrientes, al pueblo de la chica.

En la ruta el sol entraba de lleno por el parabrisas. Hacía calor y el día parecía durar más. El aire era húmedo, la piel se perlaba y satinaba. Cuando paramos a comer fui a hacer pis y me persiguieron unas iguanas. Corrí para escaparme. El sol me cegaba, era como un flashazo de luz en los ojos. Tenía los cachetes calientes, la línea del pelo transpirada y los insectos se adherían a la piel. El litoral es áureo, reptil, me sentí en *Estrellita mía*, queriendo atrapar las mariposas blancas en la orilla del río.

Cuando llegamos, encontramos la casa porque se veía parte de la ropa de mi mamá colgada en la soga. No me dejaron bajar del auto. Como no había timbre, mi papá aplaudió. Salió una señora mayor muy humilde, gruesa, canosa, con el pelo recogido. Mi papá preguntó por la chica, no estaba. Explicó la situación. La señora los dejó pasar y juntar las cosas por la casa.

Mi mamá siempre se vistió de noche y toda su ropa era de muy alto perfil. Las lentejuelas y los apliques metálicos son su emblema. Su ajuar es espectacular, pero casi siempre desubicado. Iba en mini y top de pedrería a cualquier parte a las dos de la tarde. Tiene una devoción por los cavados y los escotes, los materiales calados y las transparencias.

Yo, como mi abuela, soy alta, exuberante. No tengo mucha teta, lo que me deja conservar la elegancia. Mi mamá envidia nuestra voluptuosidad porque la suya es sobreactuada. Pirucha tenía cuatro reglas de oro que me repetía a diario.

-Transparencias en los brazos y el escote, no en el abdomen.
-Brillos y resplandecientes, solo de noche.
-Corto a media pierna, jamás por encima.
-Strapless, solo en alta costura.

Cuando mi mamá y mi papá se peleaban, era a muerte. En general me solidarizaba con él porque venía de una familia pobre y me parecía mal que ella se lo refregara por la cara todo el tiempo. A Rodrigo y a mí, en cambio, nos aterrorizaba con amenazas de abandono. Se le inyectaban los ojos y escupía al hablar. Gritaba que se iba ir a la mierda, que le chupaba un huevo todo y que nos podíamos ir bien a cagar.

Cuando se la agarraba con Rodrigo, lo dejaba desahuciado. La única vez en su vida que se sentó a hacer la tarea con mi hermano le dijo "retardado" y "mogólico de mierda". A mí me llega a decir algo así y me muero, pero también la mato. A Rodrigo, en cambio, cuando lo insulta, se le nota el trauma. A mi hermano lo destruye cada vez que puede. Siempre tuvo una lengua afilada y feroz. Una boca arma de destrucción masiva, de terrorista emocional, llena de comentarios descalificadores. Critica con saña y sus hijos somos sus víctimas predilectas.

A mi hermano también lo sometía con masajes y depilación. Lo hacía tocarla, estarle encima, pegado a su cuerpo. Le decía "Ro, pasame la Epilady", mientras se recostaba en la cama y se subía el camisón. Se extendía, estiraba las piernas, las abría un poco. Enchufaba el adminículo, que empezaba a vibrar y a zumbar y se lo daba en la mano. Rodrigo era un experto, había aprendido a los cuatro años. A mí a mis diez años me obligó a hacer una dieta que se inventó. No desaprovechó ninguna oportunidad para comentar que ella misma me había diseñado un plan de alimentación porque estaba engordando. "Si engorda ahora después va a ser peor", explicaba. Le daba órdenes a la mucama de servirme de a media taza de café por comida. A veces mi plato se componía de tres o cuatro ñoquis, sin salsa, pegoteados porque tenía la materia grasa prohibida.

A los dieciséis me di cuenta de que mi mamá leía mi diario íntimo porque un día en el que la puteaba me escribió GORDA. Así monitoreaba todo lo que hacíamos con mi hermano. Aprovechaba para revisarme los cajones cuando no estaba. Ni siquiera borraba las huellas, era explícita y obscena, me sacaba cosas que después usaba.

Apenas cruzo el primer semáforo del lado de provincia me puedo relajar. El caos del conurbano es mi lenguaje. Esa lógica bizarra y premoderna; las calles sin dirección, la numeración irregular, la doble numeración, el respeto arbitrario de los semáforos. Manejar de este lado de la General Paz para mí es primitivo, algo que hice en un útero gigante, un Twingo naranja con techo corredizo. El segundo cordón me dio swing de calle. Manejar por Isidro Casanova un sábado de diciembre a las seis de la tarde, los embotellamientos de autos fantasma, la gente que cruza por impulso, los géiseres en el asfalto. La música, el chancleteo de las ojotas, la gestualidad expansiva. La vida tiene otra cadencia, más dura y sexual.

Julián es un porteño recalcitrante. Yo le parezco pintoresca, ingobernable. En el fondo es que soy de provincia, empobrecida y precaria. No tengo la serenidad y la compostura de la abundancia. Soy plebeya, cazadora. Eso admiraba mi abuelo de mí: que yo no pido las cosas, me las consigo.

Cuando Orlando se estaba muriendo, le hice compañía. Primero en el hospital y después al pie de su cama. Pasamos días enteros en la misma habitación. Lo cuidé, lo acaricié, le sostuve la mano. Estábamos juntos, mirábamos noticieros, le leía el diario. Cada dos o tres horas salía al jardín a fumar. Nunca dejó de tirarse un lance a ver si le daba unas pitadas.

En la clínica, Rodrigo me renovaba el stock de puchos y porro cada par de días, pero nunca se quedaba más de media hora. Lo máximo era a fumar uno. Yo me sentaba en un banco abajo de un árbol y lo prendía. El jardín estaba en el corazón del edificio. Me compraba revistas y las leía al sol al mediodía. El olor a porro era muy cualquiera, pero nadie me decía nada.

Un par de veces mi hermano me dejó pepas. Pasé noches enteras re loca dando vueltas por los pasillos de terapia. Llegó un momento en el que ya no distinguía la lisergia hospitalaria de la del ácido. Con Orlando teníamos diálogos muy locos, cada uno hablaba de cualquier cosa, sin sentido, me reía como una tarada. No entendíamos nada de las noticias. Teníamos el cerebro licuado y flasheábamos cosas.

Cuando mi abuelo dormitaba, yo me sentaba en la sillita al lado y escribía en mi diario. A veces solo registraba las cosas que decía por la morfina: los crucifijos que se le venían encima, la marabunta de hormigas que veía trepar por las paredes. Yo le hacía preguntas específicas, como si las cruces se doblaban o era más un efecto derretido. Me contestaba, se esforzaba hasta lo inhumano por hablar conmigo. Cuando quería que descanse, le leía.

Ahí en la clínica me hice amiga de un flaco. Estaba cuidando a la mamá. La primera vez que hablamos se acercó a pedirme una seca. Se llamaba Leandro. No sé si era lindo. Una noche nos emborrachamos y compartimos un filito que me había quedado. Nos fuimos a la terraza. Nos recostamos directo sobre el revestimiento y charlamos. El flaco era un tarado, hueco, como mi mamá y mi papá. Tomamos una botella de whisky. Hacía un frío de cagarse. Sentía el culo helado contra el cemento húmedo. Me había puesto guantes, pero tiritaba. Al cuarto o quinto trago, largo, desesperado, subió el rubor alcohólico a los cachetes. Hablamos mucho, o hablé, de mi

familia. Di detalles puntillosos y escabrosos de mis padres. Cuando me cansé de despotricar y me sentí renovada, el pibe empezó a vomitar. Después lloró, desesperado, haciendo ruidos de chancho y temblor de glotis.

Lo abracé y le di una carilina para limpiarse. Tenía unos chicles también en el kit de supervivencia. Podría haber sacado las hojitas de afeitar y nos hacíamos una fiesta. Yo te corto a vos y vos me cortás a mí. Después nos besamos. No daba para nada, pero coger es consolador. Ni siquiera nos desnudamos. Me bajó los pantalones y me apoyó contra una paredcita que me salvaba del precipicio. Después me dio vuelta, me manoseó el culo así nomás. Fue la primera vez que me cogieron mal. El imbécil además me acabó adentro. “Loco, ¿sos idiota?”, le recriminé. Me pasé el resto de la noche con paranoia de HIV. Por suerte al día siguiente mi abuelo volvió a su casa y al flaco no me lo tuve que cruzar nunca más.

En el semáforo de la rotonda de San Justo un pibito me limpia el vidrio. Agarro el faso del cenicero y le doy una seca. Se lo paso. Le doy diez pesos que estaban ahí. El pibe, además, ve que tengo los puchos en el portavasos y me pide uno. Le doy un par. Del porro me dice “esto es de por acá”. Le contesto “sí, pa, yo también”. Cambia el semáforo. Acelero y me voy. Nunca tuve novio, siempre hermano y amantes porque lo que más me gusta en el mundo es coquetear. Lo primero que hago cuando conozco a alguien es pensar si me lo cogería o no. Con las mujeres también, pero es un trabajo que no me tomo. Solo me importan las personas que me cogería. Eso es lo que a Julián le gusta de mí.

Un sábado a la noche me invitó a comer y le dije que no porque estaba con mi hermano. Fuimos a una fiesta de unos pibes de Cocoliche. Rodrigo y yo teníamos días en los que nos íbamos del mundo. Una tarde en la adolescencia tomamos un termo de San Pedro en mate. Cuando nos pegó, todo era de plastilina derretida. Sacamos las bicicletas del garaje y salimos a andar. Nos caímos, no llegamos ni a la vereda del vecino. Seguimos re locos hasta el otro día a la mañana. Cuando pensamos que ya estábamos más caretas, nos sentamos en unas reposeras en el jardín. Nos pusimos a boludear con el aire comprimido. En un momento, sin querer, disparé y le volé parte de una paleta.

La primera vez que tomé con él tuve ganas de vomitar. Me salió el rica rica rica, dura hasta la náusea que me quedó para siempre. Mi mantra de tomar. El bajón fue infame. Pensé que nunca más me iba a desangustiar. Tomé un par de pastillas del cajón de los remedios, unos Blokiums o algún Klosidol. Cuando subí me pasé a la cama de mi hermano. Un poco se reía, me había avisado que me podía pegar para el orto. Me quería morir. Estaba oscura por mil. La merca me pone áspera y desesperada. Es una combinación letal.

Ese sábado había tomado merca, media pepa, fumé porro, me di unos popperazos y después un mordisquito a una pastilla. La cabeza me hizo búm. No sé cómo llegué a lo de Julián. Desde que salí de la fiesta hasta que me molestó verlo no puedo explicar qué pasó. Llegué exudando un olor químico violento, de laboratorio, como a polvito de antibiótico. Cuando me drogo mucho me hago acordar a la farmacia de mi abuela. Puedo reconocer en el pis todo lo que tomé. Lo evadí. Detesto que me toquen cuando me drogo. No soporto que me hablen ni que invadan mi radio de acción. Me gusta ver gente, pero necesito sentirme sola. Ametrallaría a los que te hablan en la pista y a los que quieren conversar.

Mi abuelo volvió de la clínica a su casa para estar más cómodo. Como cuando era chica, comía todos los días lo mismo que él. Nuestra dieta eran un par de cucharadas de Ensure Plus que tomábamos a la fuerza. Le tenía que trabajar mucho la psicológica para que aceptara comer esa porquería de calorías concentradas. Yo tenía muchas náuseas. Nunca estuve tan flaca. La cabeza me quedaba grande. Mi mamá me felicitó. Mi papá observó que me faltaba hacer abdominales para marcar la panza y ponerme más tetas. Se ofreció a pagarlas porque le había ido bien en unos negocios.

En su habitación, mi abuelo tenía una mesita que yo usaba de escritorio, justo frente a la tele. A la madrugada pasaban Wit en repeat. Lo dejaba de fondo y escribía en mi diario como poseída, en trance. Un día lúcido, mi abuelo me volvió a pedir un cigarrillo. Apenas nos quedamos solos, puse manos a la obra. Esa noche hacía mucho frío y mi abuela dormía en la otra habitación. Lo saqué al balcón de su cuarto envuelto en una manta de lana pinchuda, prendí un Marlboro Light. Le dimos apenas un par de pitadas, echamos un poco de humo por la boca y lo tiré. Nos quedamos mirando la calle, las estrellas, los autos que pasaban esporádicamente por la avenida, escuchamos los motores en el semáforo. Me agaché, lloré en sus rodillas. Me acarició la espalda y me dijo “ñatita” una vez más.

El día del entierro de mi abuelo me hice un Evatest y me dio positivo. Me había ido a dormir pasada de rosca a las ocho de la noche del día anterior. Cuando sonó el despertador a las seis y media de la mañana me desperté enseguida. Hice pis en el palito y después me metí en la ducha. Sonó el teléfono. No llegué a atender, volvió a sonar, era Rodrigo y quería saber si ya estaba lista para pasarme a buscar. Fue una época muy hostil entre nosotros. Él recién había conocido a LaYani.

Estaba saliendo de mi habitación cuando me acordé del test. Entré al baño y mientras guardaba la billetera en la cartera, lo miré de reojo justo antes de tirarlo al tacho de basura. Quise pegar un alarido. Freakeé HIV otra vez. Me quedé unos minutos más sentada en el borde de la bañadera con el stick meado en la mano. Me iban cayendo las fichas: el sueño, las náuseas, el malestar, el rechazo por el cigarrillo. Rodrigo me estaba esperando estacionado en la puerta. Fui todo el viaje callada en el Mégane con el asiento reclinado por el mareo.

No tengo mucho registro de nada en esos dos días siguientes. En ningún momento pensé en el embarazo. Para mí era un resultado positivo en un test. Mi mamá se enteró porque me leía el diario, pero no dijo nada. El número del lugar al que llamé lo consiguió Rodrigo. Fuimos un sábado a la mañana, era en San Isidro, un primer piso en una esquina sobre Maipú. Mi hermano tuvo miedo y no quiso entrar. Me esperó en el bar de la esquina con un tostado y un licuado de banana.

Me revisó un médico viejo, me dijo que estaba de muy pocas semanas, que iba a ser fácil. El consultorio era típico, con camilla, balanza y escritorio. Me desvestí y me pasaron a otro cuarto donde había un estribo de ginecólogo. Apenas me recosté me pusieron un suero con anestesia. La enfermera me había dicho que era una sedación fuerte nada más. Conté hasta dos y perdí el conocimiento. Nada. Lo próximo que sé es que me revolean a una camilla unas minas en ambo blanco. Dicen algo que no me acuerdo. Me traen una taza de caldo con tres galletitas de agua. Lo tomé, comí las Criollitas. Salí lo más rápido que pude. De repente me pareció peligroso, nunca se me había ocurrido. Me dio miedo no saber exactamente qué me habían hecho.

Le pedí a Rodrigo que me llevara a casa. Cuando bajé del auto, me fui a acostar a mi cama. Dormí una siesta de horas, profunda, estaba agotada. Me habían puesto una toallita nocturna y la sentía como un pañal. Me levanté recién a las ocho de la noche a cambiarla por una común. Antes me di una ducha caliente, me vestí y bajé a la cocina. Rodrigo estaba mirando la tele. Comimos algo. Yo volví a la cama y él salió con LaYani.

Me desperté cerca de las dos de la mañana con calambres y un dolor muy parecido al menstrual. Me levanté a tomar un ibuprofeno y le di unas secas a una tuca que estaba en la ventana de la habitación. Me pegó mal, me agarró paranoia. Pensaba que si me dormía no me iba a volver a despertar. Me veía desangrada, muerta. Por ahí no tenía más útero y todavía no sabía, flasheé que me habían roto todo.

Fui a despertar a mi mamá. Dormía, así que me acerqué sigilosa hasta poder hablarle al oído. “Ma”, la llamé, “mamá, levantate”. Estaba dormida con profundidad química. La empecé a mover un poco, necesitaba que se despierte. Me estaba empezando a desesperar. La segunda vez que la llamé y no me contestó, me puse a llorar. Me seguía doliendo la panza, pero lo peor era estar sola. Insistí unas veces más, hasta que se dio vuelta y me dijo: “Si vas a tener hijos mogólicos no quiero saber”.

Colofón

En el inicio de la era de los blogs éramos muy poca gente jugando a eso acá en la Argentina y entre esa poca gente había un subfragmento genial de chicas que hoy seguimos filiadas de miles y diversas formas. Con las #Bloxamor ejercimos sororidad y girl power sin marco teórico ni contexto hace ya más de una década. Entre ellas, había una pendeja desaforada que hoy es una mujer fuega: La Loba/Fillie Puttain/Cecilia Sluga, entre otros nombres/nicks.

Muchas veces le dije que escriba algo más además de sus blogs cachondos, divertidos, bestiales. Qué pin que pan, lo hizo. Y tuve la suerte inmensa de que me pidiera leerla. Y pude ver cómo fue formando una novela que tiene todo aquello que siempre me maravilló y mucho más. Sobre esta novela breve y contundente, Fernanda García Lao escribió, en la contratapa:

“Para conocer el espíritu de una época solemos indagar periodísticamente los acontecimientos, leer lo que fue publicado, ver películas. Pero es sabido, se necesita distancia e intimidad, ese oxímoron, para no caer en el fastidio de lo previsible. Cecilia Sluga se viste y nos habla, como una criatura abismada de los años noventa, desde el cuerpo de una veinteañera sacada que se autodestruye con estilo. Escrita en una rabiosa primera persona, con saña verbal, la protagonista recorre su autobiografía para calmar la desesperación. Se acaba de despertar en la cama de su novio después de un trío, de una noche drogona. Noches y cuerpos y rayas y moda y muertos y belleza y más noches y más rayas. Incesto. Esta novela cómica, sexual, viciosa, instala la voz de una niña vieja del conurbano tan enloquecida como inesperada”.

No podría estar más de acuerdo. Personas del mundo, vayan a leerla. Editoriales, corran a publicarla.

DANIELA PASIK
DIRECTORA EDITORIAL DE DSE

DECÁLOGO PARA UN CASAMIENTO, DE MARÍA PAULA ZACHARÍAS: PARECE QUE LA FELICIDAD EXISTE

Pareja. Bebés. Un perro. Casa chalet. Bosque, leña, lenguas. Amor, pequeños milagros cotidianos. Un mix que encuentra el cruce entre boda y matrimonio para hacer breves, pero enormes, odas a la felicidad doméstica. Este es un libro de poemas que hablan de lo que pasa en una casa cuando es un hogar compuesto por una mujer, un hombre, tres chicos y un perro que se quieren entre sí.

POR: DANIELA PASIK

Ilustración: Fidel Otaño Ezcurra. Foto: gentileza Editorial Mansalva

Es diferente un casamiento a un matrimonio. Nada que ver. Uno es la expectativa, el plan, una fiesta con vestidos, trajes, a puro romance y promesas, levitar en una sensación, el momento en el que todo está por pasar. El otro es la vida cotidiana, las obligaciones, lavar los platos, criar hijos, hijas, pasear al perro, hacer compromisos, un trabajo —elegido, pero trabajo al fin— de sostener, para avanzar, siempre armar. No es lo mismo un casamiento que un matrimonio. Pero, a veces, parece ser que puede ser un mix. O sea: pasar todo a la vez.

Decálogo para un casamiento (Mansalva, 2021), de María Paula Zacharías, comienza con dos citas. Una de Irene Gruss, reina sin corona de la poesía doméstica y descarnada, y otra de Marosa di Giorgio, pitonisa de exuberancias salvajes. Esas son las puertas de entrada al mundo que propone este libro, como si fueran las pautas para leer el mapa que lleva un tesoro tan brillante y tentador como sencillo y al alcance de la mano.

“me río y te reís
y nos cuesta encontrarnos la boca”

Así cierra el primer poema, breve, que en seis versos logra la foto incapturable en imagen, esa de la complicidad en pareja. El erotismo y lo inocente, el conocimiento y la sorpresa, todo encerrado en un gesto. Es la apertura del primer capítulo, que también indica el tono con su título: “Así pasan nuestros días”, en un plural que se sostiene no por pose o endogamia, sino desde una elección tan sencilla y rotunda como ¿el amor? Sí, eso.

Un libro de poemas. Poemas sobre el amor. El amor como objeto de inspiración. Mientras el mundo se cae a pedazos y una pandemia arrasa el afuera. Cuando hace rato quedó claro que el amor romántico no solo es imposible, sino que hace daño. Zacharías no juega a la polémica, ni es antigua o está demodé, pero decididamente va a contramano de todo. Es valiente. Escribe en su burbuja sobre su burbuja, una que no solo la salva a ella, sino que contagia, en cada página, la intimidad luminosa y profunda con la que arma su hogar, que no es lo mismo que una casa.

Este hogar tiene el cortejo y la cosquilla en estómago como parte del matrimonio, en un casamiento constante. Están la exaltación —lírica y también concreta— de la ternura y el deseo en lo cotidiano. Ahora, hoy, en este tiempo en el que cada día se puede deconstruir algo más, cuando los feminismos —y el sentido común— proponen salir de los mandatos. En medio de todo eso, Zacharías encuentra en sus poemas un modo de vivir el amor romántico, pero transformándolo. Sin combatirlo, solo quitándole el peso del deber ser, enamorada de su elección.

“Todas las puertas de
los patios chillan.

Hacen un chirrido
metálico y agudo,
largo como un bostezo,
que indica que empezó la mañana
o terminó la siesta del domingo.”

Dice, así, en un inicio de poema que habla de eso, pero también de algo más. Y queda claro en el cierre, cuando explica: “No se deben engrasar: son así./ Sin ellas, no sabríamos/ que todo fue un sueño/ y que seguimos vivos”. Porque aunque pasea en sus versos entre olor a leña de un marido amado, hijos que la conmueven y música de grillos que la arrullan a la noche, no es una delirante que anda por la vida flotando entre pajaritos, ajena a las coyunturas.

Tampoco lo son sus poemas, que adoran, pero no idealizan. Una enamorada que vive un matrimonio feliz. Parece que existe, ella lo muestra. Una madre que entiende que no es dueña de su bebé. Lo describe con respeto: “Crece entre/ mis brazos/ este cuerpito/ que aprieto/ en mi pecho./ Cada mañana/ más pesado/ y más ajeno”.

Periodista especializada en artes visuales desde hace dos décadas, Zacharías escribe en el diario La Nación y publicó libros como *Guillermo Roux en sus propias palabras* (Editorial Ariel, 2018). Este es su primer paso en la poesía, y capitaliza, de algún modo, todas sus experiencias. Su lirismo está repleto de imágenes y colores. Y el segundo capítulo, “Novios a la distancia”, podría ser un compilado de crónicas en verso —y algunas pequeñas prosas— sobre el enamoramiento. Hay mariposas, bocas, lenguas, deseo, abrazos. “En la ruta agradezco/ la penumbra tierna/ de luciérnagas y estrellas.// Voy camino a encontrarte”, dice.

El tercer capítulo se llama como el libro, y en esos diez poemas casi epifánicos arma literalmente su decálogo para un casamiento que es un matrimonio. En el VIII, dice: “recién encuentro sentido/ en todo lo anterior/ este camino ya trazado”. Y más cerca del final, declara “llegó la hora de ser sagrada/ entro en el baile de los horneros/ gravemente a juntar ramitas/ y emprender los trabajos más sencillos”.

Decálogo para un casamiento, de María Paula Zacharías, es un conjunto de poemas que, en su totalidad —con tapa lila y lomo rosa incluidos— es una breve y luminosa oda a la felicidad doméstica, la exaltación voluptuosa de una erótica hogareña hilada a través de imágenes simples, brillosas. Al pasar las páginas hay ruido a familia, esa típica con hijos, un perro, chalet de jardín al frente y todo el cliché, pero comandada por dos personas adultas enamoradas, que duermen de la mano y bailan en piyama. La fiesta después de la fiesta.

Decálogo para un casamiento, de María Paula Zacharías.
Editorial Mansalva, 2021.
94 páginas.
Se consigue solo en formato físico.

EZEQUIEL ZAIDENWERG

"SOMOS UNA RED INTERCONECTADA DE CEREBROS"

De Machito Ponce y Virus a Mirta Rosenberg y Federico García Lorca. Esos son algunos de los elementos que mete en su licuadora este traductor, poeta y arengador de los usos de la palabra. Dice que está harto del modo individualista en que se hace cultura, con la idea de un genio creador detrás. En sus proyectos —que incluyen libros, podcast, redes sociales como *Orden de traslado* y más— milita lo transversal y que escribir y leer estén al alcance de cualquiera.

POR: MARIANA ARMELIN

Ilustraciones: Fidel Otaño Ezcurra.

Foto: autorretrato, gentileza de Ezequiel Zaidenwerg

Nada como ganarse una beca en "el gran país del norte", irse a vivir allá, hacer un posdoctorado en Nueva York y entonces ¡querer prender fuego todo! El supuesto estatus académico y "el sueño americano" también. Eso le pasó a Ezequiel Zaidenwerg, poeta, traductor, nerd del lenguaje y quemador de naves para generar cosas nuevas, entre miles de otras etiquetas que le pueden caber, si aceptara alguna. "Llegué acá, estuve dos años y me di cuenta de que todo era una mierda, humo y espejos, y que tenía que combatirlo. La cultura gringa tiene el lugar que tiene por el lugar geopolítico de Estados Unidos", dice. Y no es solo un decir.

"Tengo una oferta de renovación de mi posdoctorado, pero no me banco la hipocresía de la academia. No quiero estar más en la educación privada", cuenta y así muestra, sin proponérselo, cómo se sale de su camino evidente. Zaidenwerg cursó la licenciatura de Letras en la Universidad de Buenos Aires, se especializó en Clásicas, hizo su tesis sobre la historia política del verso libre y en 2012 se fue a Estados Unidos a ponerle el moño internacional a su carrera. Vestido de punta en blanco con su camisa favorita —estampada con aliens y planetas—, ahora toma café en su departamento alquilado en Brooklyn mientras charla, profuso y rico.

Esto no es una entrevista. Esto es una conversación. Zaidenwerg cuestiona, piensa mientras busca el concepto preciso, salta de un tema a otro, se traslada siempre siguiendo su hilo de interés. El lenguaje. "¿Viste esa canción de Virus que dice 'cuando es con vos siento todo irreal'?, ¿qué mejor definición del deseo que ese momento, no? Cuando la realidad se suspende y todo parece aumentado, cambiado de plano", reflexiona en un momento. "Eso va al centro del mainstream y queda clavado en el medio del cerebro de la gente. Ojalá yo algún día pudiera dejar una frase en la imaginación, en la consciencia de las personas, tan certera como 'cuando es con vos siento todo irreal'", sigue.

Este año cumplió 40 y asegura haberse vuelto más punk desde que tuvo covid en febrero. Le dedica gran parte de su tiempo a su podcast *Orden de traslado*, una de las patas del proyecto en el que comparte lo que traduce, pero no solo en idioma. Traslada, literalmente, en todo sentido. Desde un trap tango bilingüe hasta poemas de Susana Thénon y Louise Glück, pasando por Juan L. Ortiz, Sor Juana Inés de la Cruz y Marosa di Giorgio o versiones de canciones de Violeta Parra, Morrissey y Luis Fonsi. Él traduce y edita, musicaliza Alejandro Albarrán Polanco y leen la playlist de poemas tanto gente invitada como autoconvocada.

La génesis de este plan —que además va acompañado de una cuenta en Instagram en donde Victoria Dalla Chiesa diseña y las versiones incluyen ilustraciones, bordados o collages hechas especialmente por "la gente", como dice— puede haber comenzado en su sitio, www.zaidenwerg.com, donde desde hace 15 años sube regularmente traducciones de poemas del inglés y otras lenguas. La orden de este nuevo traslado pone voces, y también imágenes, a textos de supuesto difícil acceso, para que lleguen fácil. Con un espíritu que reza y profesa que la poesía no es para una elite. Y sucede. En menos de un año se armó una comunidad de más de 12 mil followers de todo el mundo.

Para que esta maquinaria funcione, traduce un poema por día. Es una ocupación que tal vez le permite escapar de esa realidad que detesta. Dice que la forma de relacionarse y de vivir de las personas en Estados Unidos es completamente diferente a sus creencias. Por eso, su entorno en el ojo del huracán capitalista es latinoamericano. Y, embarcado en este gran proyecto, cuenta que descubrió inflexiones del español que desconocía. "Nunca hablé menos inglés que ahora", ríe.

—¿Cómo elegís qué traducir?
—A veces, elijo cosas que me gustan mucho y otras, algunas que me permiten sostener esa gimnasia diaria. Para que me interpele a traducirlo tengo que pensar que es algo que va a interesar y contentar a otras personas. Mi cabeza funciona así: si estoy leyendo un libro de poemas, lo miro, lo hojeo y de pronto algo me atrapa. Es visceral. Llego a un poema y algo me dice que funciona. Y lo traduzco. Lo traduzco porque me pulsa la atención.

—¿Para traducir hace falta adueñarse del texto de la otra persona?
—Sí. Sos autor. Totalmente. Pero no tiene que ver con la propiedad privada. Es verdad que hay inflexiones de estilo, de sintaxis, de ritmo y demás que tienen que ver con una individualidad, pero traducir es también, como decían los brasileños antropófagos, deglutir, digerir para tu cultura.

—¿Traducís desde y hacia el inglés?
—Traduzco al castellano por trabajo y al inglés por necesidad o placer. Lo que pasa es que (esto es algo que decía Mirta Rosenberg, que fue mi maestra) hay una intuición de traducir que tiene que ver con conocer más tu lengua que la de origen del texto. Entendés cómo está hecho el poema que vas a traducir, entendés que se puede traducir de muchas maneras distintas en castellano y buscás cuál va bien con ese texto. ¿Por qué traducir a Emily Dickinson en octosílabos y no literal? Y, porque la parte rítmica de un verso de ocho sílabas, que es como un arrullo, hace un contraste con lo ominoso que en general tienen sus poemas. Entonces, nana nananana naná es una cosa como de canción de cuna, que es como decir "bueno, tirate a dormir y viene el coco". Eso está en el ritmo, no en las palabras. Y es importante lo que vas a hacer con ese ritmo y a qué ritmo nos recuerda. Y en ese caso es el del octosílabo. Hay una serie de decisiones que no tienen que ver con traducir sistemas equivalentes, sino, justamente, con cómo movés un sistema de inequivalencias.

—¿Es difícil mantener el otro ritmo, el de un poema por día?
—Últimamente estaba angustiado, no me daba el cuero para hacer el podcast, trabajar, dar clases, la vida. Entonces traduje unos poemas que encontré de Abbas Kiarostami, un cineasta iraní, que me parecen simpáticos. Porque es lo que podía hacer, porque no tenía más fuerzas, pero también porque me parece que está bueno mostrar a alguien que no es poeta escribiendo buena poesía.

—¿Cómo surgió *Orden de traslado*?
—Lo de Instagram es una idea que apareció cuando daba una clase de poesía a estudiantes de cualquier otra cosa. Entiendo que difundir poesía es también una forma de pedagogía. Y algo que aprendí ahí, con personas que querían ser contadores o dentistas, es que la gente es toda inteligente y toda capaz, si vos le tenés paciencia y cariño. Entonces fui madurando ideas que después fueron el manifiesto un poco inaugural de *Orden de traslado*, que se relacionan con cómo la poesía puede ser una herramienta crítica para leer de manera menos ingenua y más

gozosa. No solo poesía, sino cualquier cosa. Textos de todo tipo, pero también a las personas, a la realidad.

—En cuanto al podcast, ¿te parece que la poesía nació para ser oral?
—Lo que decía Mirta Rosenberg es lo suficientemente ambiguo y preciso a la vez: "no me parece que haya solo una receta". A mí me parece, también, que hay para todos los gustos. Por ejemplo, hay poemas que están buenísimos leídos en voz alta. Y otros, como *La tirada de dados*, de Mallarmé, que es para ser mirado y, ya que estamos, creo que está un poco sobrevaluado.

—¿El freestyle es poesía?
—Sí, es poesía oral improvisada, y es algo más viejo que la escarapela. Pero, ¿cómo haces nuevo otra vez lo viejo? Esa es la gran pregunta del arte. Ca7riel y Paco Amoroso son dos artistas que me gustan mucho. Grandes músicos de trap que se hacen un poco cargo de la circulación de esta especie de español neutro, falso caribeño, que viene de la industria discográfica estadounidense. Es como una especie de lengua franca de los subalternos, que es como un spanglish bizarro. En Argentina es algo que ya hacía un artista muy importante que llegó 25 o 30 años temprano a la fiesta y la gente pensó que era una broma, que es Machito Ponce. El tipo hizo lo que tanta gente está haciendo ahora cuando nadie se imaginaba que eso era posible y armó ese personaje de una especie de punk caribeño. Pero se llama Gustavo Radaelli, es de izquierda, una persona fascinada por la política y la palabra. Hizo un producto para sobrevivir en el menemismo, de muy buena calidad, y la gente progre no lo entendió. Es de una agilidad verbal muy grande. Ese arte me interesa mucho. El popular.

En esa búsqueda, Zaidenwerg publicó, entre otros, los libros de poemas *Doxa* y *La lírica está muerta* (Vox, 2007 y 2011), además de *Bichos: Sonetos y comentarios*, en colaboración con Mirta Rosenberg (Bajo la luna, 2017). En 2018, hizo otra cosa, el inclasificable *50 estados: 13 poetas contemporáneos de Estados Unidos* (Bajo la luna), un trabajo que le llevó una década y no termina de encajar en lo real ni lo ficcional, poesía o narrativa, es un juego, con la idea de los heterónimos, la traducción, la copia, lo falso, lo apócrifo.

—Te gusta sacar fotos, retratos y autorretratos. ¿Hay ahí un paralelo con la traducción?
—Por supuesto, es como traducir a una persona. Yo te miro, pero además de mostrarte a vos muestro la huella de mi ojo. La foto es el encuentro entre dos miradas. Me gusta, cuando hago retratos, que esas personas se sientan bien miradas, cómodas, contentas. Pero a la vez me gusta que la imagen tenga su punctum, algo que punza, que desvía un poco la atención. Es lo mismo que con un poema. No hago diferencias entre fotografía y poesía. Es la misma forma de trabajar con la atención, con la percepción.

—¿Primero fuiste poeta y después traductor?
—Claro, pero no hay diferencia. La diferencia es institucional o social. En el sentido de esa necesidad de responder "¿qué rótulo le ponemos a esta persona?". Traductor. ¿Por qué? Porque traduce mucho y lo que traduce es más visible que lo que escribe.

—¿Cómo te diste cuenta de que querías ser escritor?
—Nunca tuve dudas. Empecé de muy chico, a los cinco o seis años, a escribir cuentos. Después seguí y seguí hasta que un profe de la secundaria trajo un poema de Lorca, *Oficina y denuncia*, que está en *Un poeta en Nueva York*, y quedé loco. Dije acá hay una posibilidad de hacer cosas con palabras que no está en la narrativa, o que al menos no está tan disponible. Y empecé a leer poesía. Después terminé viviendo en Nueva York, es irónico, ¿no? Y dejé de fantasear con la narrativa.

—Pero en *50 estados* hay un montón de narrativa.
—Sí, bueno, yo no creo en la diferencia entre los géneros. En general me interesa la literatura que mueve la lengua común, que hace cosas con palabras. Un libro que me voló la cabeza es *Gran Sertón: Veredas,* de João Guimarães Rosa. Es de 1956. También *Eisejuaz*, de Sara Gallardo, de 1971. Son textos que hacen intervenciones sobre la lengua, y eso me gusta mucho.

—Hay algo en común con el teatro en esto que vos hacés. Al menos, en *Orden de traslado* y en *50 estados*. ¿Incursionaste en la dramaturgia o en la dirección de actores?
—Yo creo que *50 estados* y *Orden de traslado* son sobre todo experimentos. No con dirección de actores, pero sí con trabajo de no actores, en el sentido de lo que hacía Leonardo Favio. No me quiero comparar con él, pero ¿cómo hizo para que Monzón actúe, y tan bien, en *Soñar soñar*?

—Es algo que logra un buen director.
—Lo pienso más como una producción descentralizada. Lo que me interesa comunicar es que la salida es colectiva. Hay que dejar de tomar la figura del director, o el cerebro detrás, y entender que somos una red interconectada de cerebros.

—¿De dónde viene esa concepción?
—Estoy harto de la forma en la que se hace cultura, con la idea del genio creador. La lengua es de todes, la literatura es de todes. La cultura tiene que ser pública. Una cultura regida por la ley de la oferta y la demanda es una cultura que morirá, porque excluye. La cultura debería ser pública y gratuita, y con renta básica y universal. El modelo que tenemos, en el que todo el mundo la pasa mal, no funciona, porque empuja a prácticas que son insostenibles. Yo no creo que un editor independiente no pague regalías porque es malvado. Lo hace para comer, porque no puede pagarlas. Por eso, toda la experiencia que tengo como traductor la estoy tratando de usar para militar una forma de hacer cultura menos individualista.

—¿Cómo sería?
—Quiero hacer, con un grupo de personas, una cooperativa de escritoras y escritores de América Latina, que sea una editorial que publique creative commons. Es decir, en pdf gratis. Y que autoras y autores den conferencias de maestría, por Zoom. Imaginate gente talentosa de muchos países de habla hispana, que tienen distintas relaciones con la lengua y con la disciplina de la palabra, dando clases gratuitas. Además puede haber un programa con admisiones, para hacer una selección de nuevas voces y publicar a alguna de esa gente que asista, y hacerla parte de la cooperativa. Y así, ir armando una organización más horizontal. Para que la obra de arte sea parte del dominio público. ¿Cómo hacés para que la gente tenga acceso a los libros y que las personas que los producimos no nos sintamos resentidos con las editoriales que no pueden pagarnos o con los lectores que necesitan piratear? Hay que generar redes en donde las cosas circulen y sea de una manera más beneficiosa. Para quienes consumen y también para quienes producen.

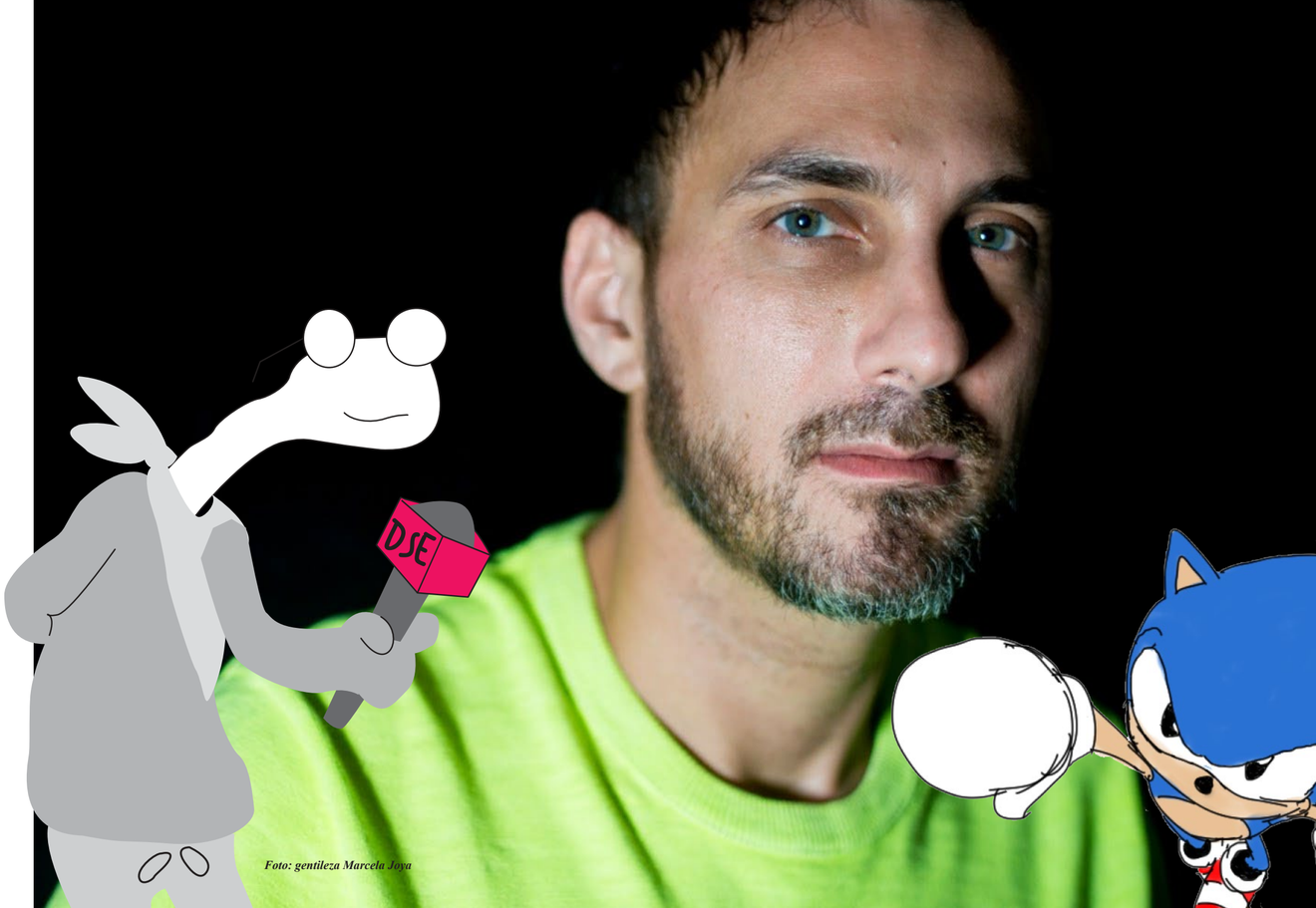


Foto: gentileza Marcela Joya

Hace tan solo 12 meses —pero que parecen eones— planeamos hacer algo como **DIGAN SUS ELOGIOS**. Fue una idea trasnochada, repleta de irresponsable optimismo, que surgió cuando aún se podían hacer fiestas y encuentros. En medio de brindis y abrazos, a fines de 2019, dijimos “y dale”. Estábamos en eso cuando llegó la pandemia. Seguimos en eso en la primera y claustrofóbica fase de encierro total. Lanzamos este proyecto al mundo en agosto de 2020. Fue un gran escape. Hermoso modo de salir afuera de las burbujas de otra forma. Ahora cumplimos un año. Y vamos por más. Gracias por leer y sumarse de todas las formas, hacer crecer cada vez más a esta mafia positiva. Chin chin y felicidades.

Este ejemplar se terminó de ensamblar a mediados de julio de 2021, remotamente por aislamientos preventivos varios, entre la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el Delta del Tigre, la Patagonia (Argentina) y California (Estados Unidos). Llegó a sus ojos en agosto de 2021. Y obvio que queda permitido bajarlo, sugerimos lo coleccionen y esperamos lo atesoren.

Hasta el próximo número, que será en noviembre.

Cariños.